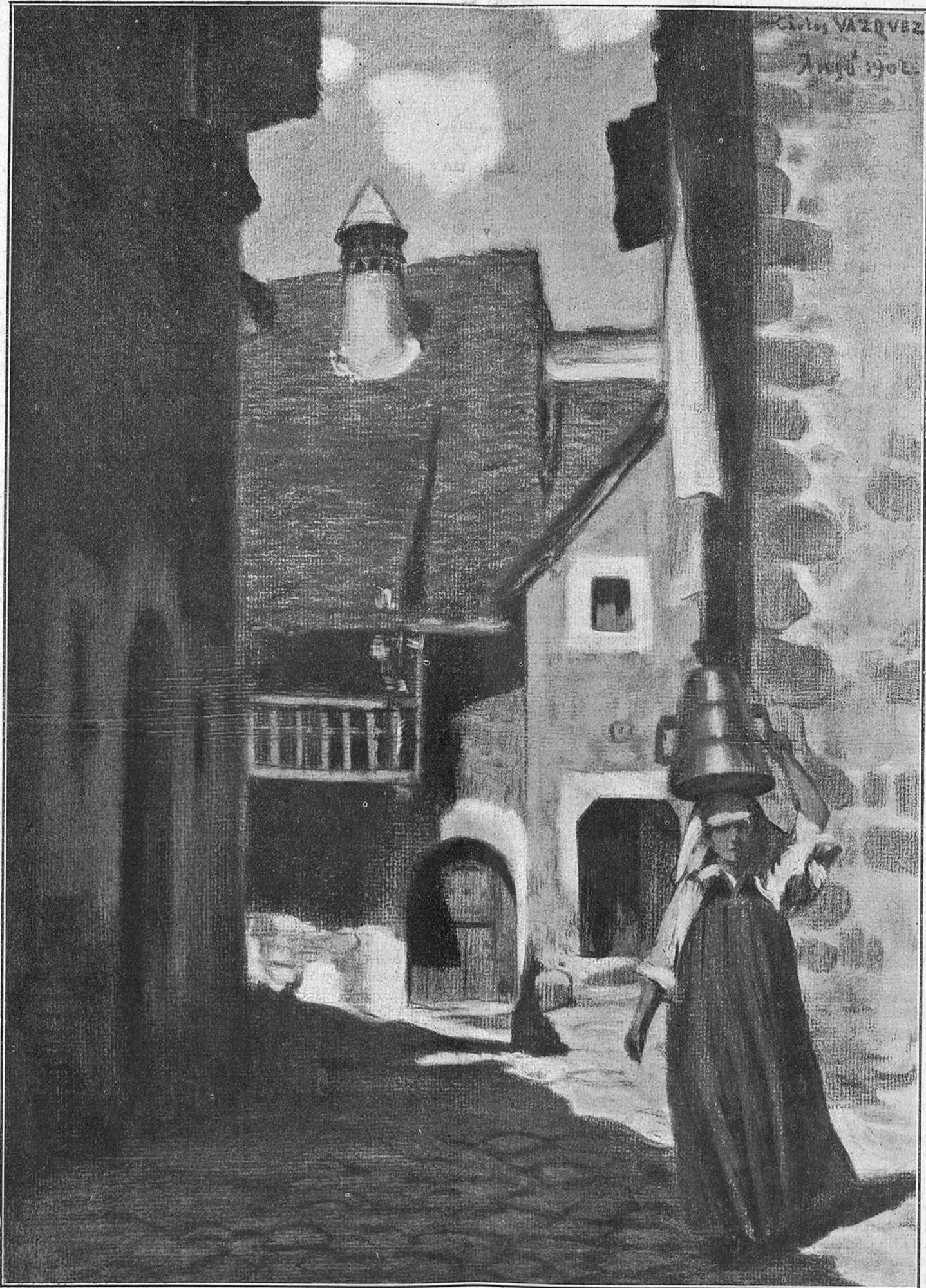


La Ilustración Artística

AÑO XXV

← BARCELONA 12 DE MARZO DE 1906 →

NÚM. 1.263



UNA CALLE DE ANSÓ, cuadro de Carlos Vázquez

ADVERTENCIA

El primer tomo de la BIBLIOTECA UNIVERSAL que repartiremos á los señores suscriptores será la obra de GUSTAVO DROZ

TRISTEZAS Y SONRISAS

traducida por Arturo Masriera é ilustrada por Carlos Vázquez.

De esta obra se han impreso en Francia OCHENTA EDICIONES.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *El maestro Caballero*. — *Las mujeres en Galdós*, por Angel Guerra. — *El mundo amarillo*. — *La boda del príncipe Eitel Federico de Alemania*. — *Eduardo VII de Inglaterra en París*. — *D. José María de Pereda*. — *Bellas Artes*. — *Espectáculos*. — *Problema de ajedrez*. — *El falsario*, novela ilustrada (continuación). — *Un tratamiento nuevo para la sordera*, por Alys Hallard. — Libros recibidos.

Grabados.— *Una calle de Anso*, cuadro de Carlos Vázquez. — *D. Manuel Fernández Caballero*. — Dibujo de Cutanda que ilustra el artículo *Las mujeres en Galdós*. *María Egipcíaca*. — *Hotel de la Compañía de los vapores Camas en Pekín*. — *Llegada del barón de Komura á Pekín*. — *El barón de Komura dirigiéndose á la conferencia*. — *Salida del barón de Komura de Pekín*. — *El príncipe chino Su*. — *El príncipe Eitel Federico de Alemania y su esposa la princesa Sofía Carlota de Oldenburgo*. — *La boda del príncipe Eitel Federico*. — *S. M. el rey Eduardo VII de Inglaterra en París*. — *Bajo el árbol de Ceres*, cuadro de Francisco Pradilla. — *Dos viejos amigos*, cuadro de Renato Choquet. — *Gitanas*, cuadro de Julio Borrell. — *Medalla conmemorativa del fallecimiento del teniente general argentino D. Bartolomé Mitre*. — *José María de Pereda*. — *Nuevo tratamiento de la sordera*. — *Tonómetro de König*. — *Sirena de ondas*. — *El patín automóvil de Constantine*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Dos nombres populares acaban de ser borrados de la lista de los vivos: el satírico Luis Taboada y el compositor maestro Caballero. Leo en la prensa diaria que los dos han muerto pobres. De Luis Taboada me lo explico: como tantos periodistas, su labor diaria alcanzaba remuneración diaria, con la cual cubriría sus necesidades y sostendría modestamente á los seres queridos; pero de cierto no podría ahorrar tres pesetas. Del maestro Caballero no es tan fácil comprender por qué no dejó un capital. El género al cual se consagraba es sin duda el más lucrativo dentro del terreno artístico, y las numerosas obras del maestro Caballero—baste citar *El diño de la Africana*, *La Marsellesa*, *Gigantes y cabezudos*—son de las que largamente han durado en carteles, de las que mayor número de representaciones obtuvieron. Un periódico, estos días, hablaba de bastantes miles de duros, producto de no recuerdo cuál de estas zarzuelas en corto tiempo. No es haccedero, ni es siquiera delicado, entrar en averiguaciones concernientes á la inversión de lo que un hombre se gana honrada y honrosamente; pero confieso que el morir pobre el maestro Caballero causa triste sorpresa. Y acaso pudiera ser una información inexacta.

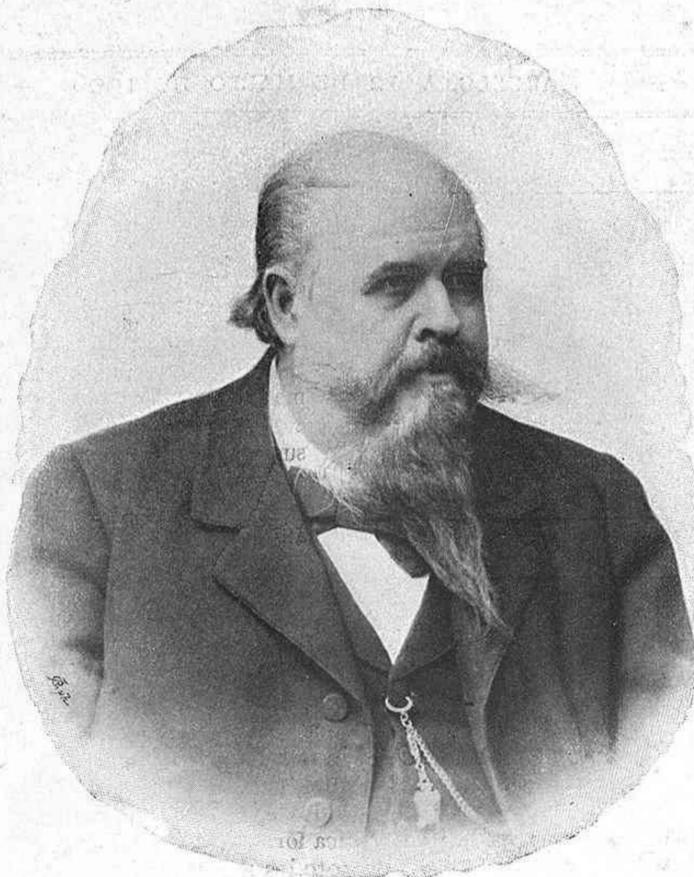
* *

A Luis Taboada le sintió (no diré que le lloró, porque me parece que nadie, en cuanto público, llora á los escritores y á los artistas), le sintió, repito, mucha gente que no se precia de leer, y que á él le leía. Luis Taboada fué la demostración de que, actualmente, los lectores piden que se les enseñe en un espejo su propia cara, aunque el espejo sea de estos que la ensanchan ó la estiran, deformándola de un modo cómico. La clase media, caricaturizada por el amañísimo escritor, se reconocía, sin embargo, al través de los rasgos humorísticos de la caricatura, y no perdía artículo de la sección *En broma de El Imparcial*, ni de los que desparramaba en otros diarios y semanarios la fecunda y ágil pluma de Taboada. Cada lector podía, mirando alrededor suyo, encontrar los tipos taboadescos, el modo de vivir, de pensar, de divertirse, de enamorarse, de hacer política, de hacer arte, de viajar, de vestirse, de comer y hasta de dormir de sus amigos y congéneres; con algo de sagacidad crítica, podría descubrir también, en la surtida galería de tipos y figuras grotescas, la suya, su fotografía achaparrada y risible; pero (en esto consistió el privilegio, la habilidad de Taboada) á fuerza de *bonhomie*, de sencillez,

de lisura y de falta de pretensiones, aquella sátira no hería á nadie, nadie se creía personalmente aludido. Raro don, aquí donde la susceptibilidad es tan vidriosa y se ofenden, verbigracia, pueblos enteros porque un diputado cita en las Cortes una copla popular.

* *

Taboada salvó este escollo, y salvó también el del pudor colectivo; sus artículos satíricos eran *blancos*; los leían, entre carcajadas, las niñas solteras, sin alarma de las familias. Salvó igualmente, en tan larga labor de prensa, la limpieza del estilo. Si nadie



D. MANUEL FERNÁNDEZ CABALLERO,
fallecido en Madrid en 26 de febrero último

menos que Taboada aspiró al dictado de *estilista*, nadie tampoco le ganó á respetar la lengua castellana, sirviéndose de ella sin violentarla, con agradable fluidez. Las locuciones viciosas que pone en boca de sus personajes son otra forma de sátira, la sátira de lo mal que se habla, de los barbarismos, solecismos y vulgarismos que se cometen. No es este de la sátira del lenguaje usual el aspecto menos curioso de la obra de Luis Taboada.

* *

A la vuelta de algunos años no creo que siga teniendo asiduos lectores Luis Taboada, justamente por lo actual y contemporáneo de su pintura de las costumbres. La clase media, la sociedad toda, cambiarán al correr del tiempo; y Taboada, como Villegas, como Paul de Koch, será el testimonio de un período histórico que ya no interesa, con vivo interés presente, á los de otra generación. Y además, nada envejece tan aprisa como lo que hace reír... Debiera escribirse una fisiología del chiste, un estudio médico-literario, en el cual creo yo que se anotarían observaciones profundas: la de la caducidad de lo alegre sería la primera. Los literatos aún nos reímos á solas, á imitación del loco de la buhardilla, con chistes del *Quijote* y con chistes del teatro antiguo: el público ya no; ni que le hagan cosquillas se ríe de lo que dice un autor que no le habla de lo que le ha sucedido ayer ó va á sucederle mañana mismo. Donde se ve esto patente es en el teatro. Sacad á plaza una obra que hizo desternillarse de risa, no á nuestros abuelos ni á nuestros padres, á nosotros, hace veinte años, menos quizás. Los donaires caerán en el vacío, las ocurrencias serán pólvora mojada; y gracias si no os enoja lo que antes os entretuvo deliciosamente. ¿Quién ha cambiado? ¿El autor? ¿Vosotros? ¿El tiempo? Todo, todo... El agua ha corrido por el cauce, el sol ha cruzado por la puerta...

* *

Taboada, que era realmente modesto y sólo aspiraba á ganarse el pan, que no tenía vanidades ni engrimamientos, logró, sin embargo, lo que hoy no logran tan aína los que pican más alto: logró hacer

escuela y suscitar discípulos. Yo no diré que los imitadores de Taboada formasen una escuela literaria propiamente dicha; esto sería desnaturalizar á Taboada y hasta quitarle el encanto de su fresca espontaneidad. Lo que imitaban de Taboada era el modo de hacer, el ambiente, las figuras; le substraían sus niñas de Ombliguete y de Besuguín, sus suegras-basiliscos, sus farmacéuticos granujientos y feridos de punta de amor, sus esposas dominadoras, terribles, sus diputados estóridos y mudos, sus menegildas, sus guindillas; le cogían asuntos de artículos, frases enteras, amaneramientos suyos, caídas y extravagancias... Lo que no podían era robarle la escoba hecha; coger la totalidad de su modo de ser peculiar, y escribir un solo artículo que con los de Taboada se confundiese. Los tipos eran como de Taboada; las frases, como de Taboada; la retórica, como de Taboada; los asuntos, como de Taboada; hasta las propias dimensiones del artículo, á la medida usual de Taboada..., y he aquí que nadie lo tomaba por Taboada, nadie lo celebraba, nadie lo reía... Misteriosa fuerza de la individualidad en pocas cosas tan visible como en el terreno literario.

* *

Debajo de la alegría de la obra de Taboada, existía un poso de tristeza: la tristeza del trabajo obligado, del chiste á hora fija. «¡*Alas! ¡Poor Yorick!*» diremos siempre con Hamleto, cuando pensemos en las vidas condenadas á remar en las galeras del buen humor.

¡Penosas galeras! Taboada, como todos los mortales, tendría muchas veces más ganas de llorar que de reír. Y también los sentenciados á seriedad preferirían, alguna vez, la dulce risa á la contención forzosa. ¡Un artículo serio de Taboada! ¿Os lo imagináis? No; nadie puede representarse lo que tal artículo sería. Por dentro, á centenares los habrá escrito. Y allí se quedaron, formando el poso de melancolía de aquel espíritu sin acritud y sin doblez.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL MAESTRO CABALLERO

Nació D. Manuel Fernández Caballero en Murcia en 14 de marzo de 1835, y desde muy niño dedicóse á la música, recibiendo lecciones primero de su hermano político, el notable violinista D. Julián Gil, y después del célebre compositor D. José Calvo. A la edad de cinco años cantaba de tiple en la capilla de madres Angustias y comenzaba á tocar el violín y el flautín, y á los siete formaba parte de la orquesta del teatro y de la banda municipal. Más tarde, y tras una corta estancia en Madrid, aprendió sin maestro á tocar el fígle, el oboe, el cornetín y otros instrumentos, y á la edad de doce años empezó á componer obras religiosas, marchas, pasos dobles, danzas y otras piezas musicales.

Volvió luego á Madrid y en 1850 obtuvo el primer premio de Composición en el Conservatorio. Fué primer violín de la orquesta del Real y, á los diez y ocho años director de la de Variedades, escribiendo entonces muchas canciones, coros y bailes para los dramas y las comedias que se representaban en aquel y en otros teatros.

En 1854 estrenó su primera zarzuela *Tres madres para una hija*, que obtuvo buen éxito, y desde esa fecha hasta 1864, en que fué á Cuba para dirigir grandes conciertos que fueron muy aplaudidos, compuso más de treinta zarzuelas en uno, dos y tres actos.

De regreso en Madrid, hubo de luchar mucho para abrirse paso; pero al fin consiguió un triunfo ruidoso con la zarzuela en tres actos *El primer día feliz*, que se estrenó en 31 de enero de 1872. A partir de esa fecha sus éxitos fueron tan grandes como continuados.

Más de doscientas obras deja escritas, y casi todas se han hecho popularísimas y se han representado centenares y algunas millares de veces, en todos los teatros de España y América ya en el extranjero. *La Marsellesa*, *El sacristán de San Justo*, *Las dos princesas*, *El salto del pasiego*, *Los sobrinos del capitán Grant*, *El diño de la Africana*, *Gigantes y cabezudos*, *Los africanistas*, *Los aparecidos*, *Chateau Margaux*, *El loco de la guardilla*, *Campanero y sacristán*, *El señor Joaquín*, *El cabo primero*, *La gallina ciega*, *El traje de luces*, *La manta zamorana* y tantas y tantas obras suyas cuya enumeración exigiría mayor espacio del de que disponemos, pueden citarse como modelos de zarzuela española, porque el maestro Caballero jamás se dejó influir por los compositores extranjeros, y en todas sus partituras, frescas, originales, demostró una personalidad propia que ante todo se inspiraba en el modo de ser y de sentir la música de nuestro pueblo. «Caballero, ha escrito Peña y Goñi, es de los que con más éxito han cultivado el canto popular, dándole importancia excepcional y tratándolo como nervio y vida de nuestra ópera cómica.»

Sus dos últimos estrenos han sido *María Luisa* y *La cacharrerera*, puestas en escena en los teatros de Apolo y de la Zarzuela de Madrid respectivamente. Deja, al morir, una zarzuela inédita en tres actos, *El lego de San Pablo*.

Era el maestro Caballero, académico de San Fernando, caballero de la orden de Alfonso XII y miembro de importantes asociaciones artísticas de España y del extranjero.

¡Descanse en paz!



Cae María Egipciaca en un pietismo extraño ..

LAS MUJERES EN GALDÓS

MARÍA EGIPCIACA

Sólo un momento, de una intensidad espiritual casi trágica, tiene en su vida. Cuando se revela en su natural compleción de mujer.

Todas las contingencias por que pasa, siempre en lucha; los hechos menudos, al detalle, que realiza, acusan en ella una extrema vulgaridad de alma. Nada más que en un instante de ferezas de hembra es gallarda y solemne.

Cuando llega la crisis de los sentimientos y con ella la explosión de las pasiones durante mucho tiempo paralizadas, adviértese en María Egipciaca, desglosado su carácter, un ímpetu espiritual, energías tan grandes, que la hacen vivir en unos minutos la plenitud de una vida entera.

Es hermosa. Quiso la naturaleza poner en ella múltiples encantos, y si en la carnosidad pictórica de su cuerpo garrido escondió tentaciones, en los mirares de sus ensoñadores ojos dejó que se asomara el espiritual reposo de dentro. La seducción que ejerce su belleza externa no la afirma nunca la picardía de alma. Por instinto tal vez, más que por escrúpulo moral, huye en todas ocasiones poner en ejercicio la sugestión de su hermosura.

Con ella se casa León Roch. Joven, sabio, rico, con un nombre adquirido merced á sus muchos talentos y con gran posición social gracias á la fortuna recibida en herencia, al tratar de constituir hogar y familia pone sus amores, y más tarde la elige para compañera por toda la vida, en aquella muchacha hermosa, de sencillas costumbres, que responde al nombre de María Egipciaca, ser de recta compleción moral en medio de la bambolla pintoresca y de la desvergüenza cínica en que viven sus padres, los marqueses de Tellería. León Roch, enamorado ciegamente de ella, renuncia al caluroso cariño de Pepa Fúcar, amiga de la niñez, que, aun mal velado por convencionalismos en uso, por una especie de pudor social no llegó á sospechar ó no quiso entender.

La vida matrimonial, en los comienzos, se desliza en tranquila paz doméstica. Conviven, pero sin llegar á compenetrarse los caracteres ni á realizar la aleación de espíritus. Silenciosamente esfuerzan en moldear las almas cada cual á su imagen y semejanza, intentando transfundirse los propios sentimientos é ideas, en busca de una homogeneidad psicológica firme. En ese empeño, riñendo lucha por la asimilación de caracteres, surge el choque, y se agranda más y más la distancia espiritual que los separa y que se torna irreductible. Y es que saltan de pronto, hostigándose, los escrúpulos religiosos en ambas conciencias. León Roch escuda su resistencia á la transacción en sus ideas un tanto libres, si bien mantiene su derecho al respeto y al amor en la rec-

quando la pureza del alma se halla en peligro de contaminarse y la fe corre riesgo de ser vencida.

Así, y por pasos contados, llega el divorcio espiritual. Estos dos seres, unidos legalmente, continúan conviviendo bajo la elástica fórmula de la moral social, pero las almas han roto los lazos del amor y se han separado para siempre. Siguen distintos caminos y con orientaciones contrarias. Cae María Egipciaca en un pietismo extraño, mezcla de locura mística y de mundana frivolidad religiosa. León Roch torna á buscar la perdida senda tras la huella de aquella muy amada Pepa Fúcar, mujer cuyo corazón ha ido llorando el viejo amor que no ha muerto, mas sin ventura, vivo, á través de una vida de dolor silencioso. Al fin se encuentran, y esas dos vidas que se reunen por el infortunio, intentan seguir el cauce de un cariño remozado y cálidamente íntimo.

Al llegar este instante es cuando surge briosa, emocionante, casi trágica, la figura de María Egipciaca. Los celos, revolucionando enérgicamente sus sentimientos dormidos, y más que dormidos anestesiados por un misticismo sedante, obran con acción de revulsivo espiritual. La mujer recobra en ella su ímpetu de pasión. Olvida entonces su pietismo; abandona los modestos vestidos de asceta, y la hembra quiere vencer con su hermosura los desabrimientos amorosos del hombre que la repugna y busca en otros cariños contento á las soledades del alma. Espoleada por sed inquietante corre María Egipciaca en busca de su marido para arrancarlo de ajenos brazos. Todo inútil. Es tardío el requerimiento, y al convencerse de que todo lazo moral se ha roto y de que el antiguo amor se ha extinguido para siempre, ante la repulsa seca, razonada, implacable, de León Roch, ella cae en tierra enferma de muerte. No es el desplome de un cuerpo; es el desplome de un alma.

Muere María Egipciaca triste, dolorosamente resignada al destino de los seres, contrita de los graves errores de la vida, renunciando con grito del corazón á los desvíos pasados, con supremo ahinco aferrada al amor que ha resurgido á la hora última violento y enloquecido, mientras los labios de León Roch dejan, besando las sienes de la enferma, caer su piedad lastimada, como si de lo más hondo del alma le arrancara, estremecido el cuerpo exánime, turbia la mirada fija de los ojos que lentamente se apagan, la voz de la moribunda solloza esta frase:

—¡Oh! Gracias...

Sic transit. Y todo acaba.

Lo he dicho antes. Hay en la vida de esta mujer nada más que un punto de energía, caso de complejo psicologismo en que vuelca todo su interior.

Curioso estudio el de esa alma que se enmascara con artificiosas mansedumbres y de pronto estalla en bríos de fiera indómita. Y del hipar mimoso, de una resignación que tiene todas las trazas de un postizo moral, de pronto pasa á la convulsión vio-

lenta, á la salvaje cólera pasional, al ímpetu bravío de la hembra en pie. Los celos, poderoso acicate de las locuras de amor, de los grandes arrebatos de pasión, desenvuelven en María Egipciaca un dinamismo espiritual extraordinario, pronto á la acción, febril en la acometividad. Para reprimir ese movimiento espontáneo, irreductible, no vale la antigua disciplina interna, la camisa de fuerza impuesta por los escrúpulos religiosos á las pasiones vivas, porque la naturaleza reintegra el carácter de la mujer á su condición primordial, y la sed de amar, el amor de amar, vencidas las ideas, recobrarán su eterno dominio sobre el corazón.

Pensar que las ideas dirijan de un modo rectilíneo la vida de los seres y que impongan una lógica inexorable á los hechos humanos, destruyendo ese amable encanto de los desórdenes pasionales, es desconocer la imperfección de los espíritus. Sobre todo en la psicología femenina, de matices tan variados y de complejidad muy extraña, es inútil esperar que el artificio moral ahogue el irresistible ímpetu de pasión. Como quiera que el sentimiento segado retoñe, siempre, al renacer, resurgirá impulsivo hasta el máximo de resistencia. Bajo la forma de celos, tristeza de no ser queridos; como odio, rencor por ser engañados, siempre habrá una plenitud sentimental en las almas, porque todo eso no es más que maneras del amor.

Anestesiada estuvo la pasión durante largo tiempo en María Egipciaca. Mas con locura de celos ardientes, en ella la intensa impulsión que la empuja á buscar de nuevo al amado ser, cuyo cariño ha perdido, no es desesperación vengativa, sino sed de amor que vuelve á calentar su corazón.

¿Cómo se formó su carácter? Blanda al molde su compleción moral, influencias extrañas, ajenas del todo á la naturaleza de su ser, fueron, con dura disciplina, deformándola, al incubar primero ideas, al amputar más tarde hondos sentimientos. Cambia de orientación su espíritu á medida que se desnaturalizan sus espontáneas inclinaciones. El sentimiento libre del amor, merced á las transformaciones morales, reemplaza el concepto en frío del deber. Lo que antes fuera sed de íntima transfusión espiritual, desviado de su cauce, contenido á violencia más tarde, á la postre cae en asco irreductible. No es la repulsa del sentido natural quien en María Egipciaca repugna á León Roch. Gusta ella saborear á sus anchas, cuando los escrúpulos religiosos se duermen en el fondo de su conciencia, la belleza plástica que en su esposa admira y en silencio ama. Solamente la hace aborrecer al *ateo*, como da en llamar á León Roch, cierto resabio de odio que pone, no en su corazón, sino en su cerebro, las irreconciliables creencias religiosas que orientan los actos todos de su vida. En ella, el corazón rebosa amores; en su cerebro, las ideas nótrense de odios.

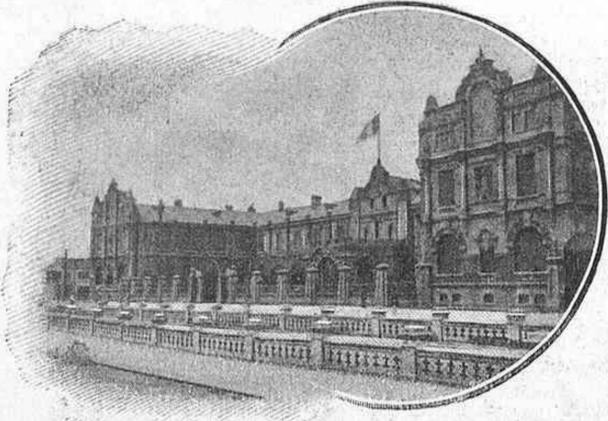
Si continuamente no hubiesen ejercido influencia en su alma los consejos piadosos de Paoletti, el clérigo italiano, y la sugestión mística de su hermano Luis Gonzaga, muerto en olor de santidad, sin duda María Egipciaca hubiese seguido el camino del amor trazado por León Roch.

Muy tarde vino á despertar la realidad, consejera desinteresada, y á destiempo impuso la naturaleza su dominio eterno á María Egipciaca. Sólo al morir, reintegrada á su pleno carácter de mujer, cuando surgen vivos, más calientes que nunca, su sangre joven y su tormentosa pasión de amar; sólo entonces comprende la vanidad de todo, y como el desventurado *conde de Albrit*, bien pudo sellar sus labios en la hora última con la solemne frase:

—¡Amor!.. ¡La verdad eterna!

ANGEL GUERRA.

(Dibujo de Cutanda.)



EL CONFORT MODERNO EN PEKÍN
HOTEL DE LA COMPAÑÍA DE LOS VAGONES-CAMAS
(De fotografía)

EL MUNDO AMARILLO

Mientras las naciones occidentales se dedican a liquidar en conferencias más ó menos prácticas sus rencillas y sus agravios, y en tanto que Europa, inquieta, febril, se impacienta esperando soluciones de problemas que desde hace tiempo le preocupan y cuya solución se ve cada día más lejana, por ser cada vez más encontrados los intereses y las ambiciones de las grandes potencias, allá en el lejano Oriente los amarillos arreglan tranquilamente asuntos acaso más importantes que los disentimientos entre los pueblos europeos por las consecuencias que quizás puedan un día tener para nosotros.



LLEGADA DEL BARÓN DE KOMURA Á PEKÍN. — UN DESTACAMENTO DEL NUEVO EJÉRCITO CHINO LE TRIBUTA LOS HONORES. (De fotografía.)



EL BARÓN DE KOMURA DIRIGIÉNDOSE EN COCHE Á LA CONFERENCIA. (De fotografía.)

La guerra ruso-japonesa, como se ha dicho en todos los tonos, ha sido un golpe muy rudo y casi irremediable para la influencia europea en el extremo Oriente. El Japón, vencedor de Rusia, no ha tenido después de su triunfo más que una preocupación, cual ha sido aprovecharse del ascendiente y del prestigio que podía darles su victoria, para sacar de ellos el mejor partido posible y organizar el mundo

seguridad ó de secundar sus ambiciones y en una palabra de quedar sometido bajo su hegemonía.

Tratábase, en primer lugar, de determinar la suerte de la Mandchuria, que el tratado de Portsmouth restituyó á China, pero de la cual pretendía el Japón, más ó menos abiertamente, hacer una prolongación, un anejo de la Corea, en la que ha clavado sus garras.

Para resolver este asunto, convinieron los gobiernos chino y japonés celebrar una conferencia, que se reunió en Pekín y cuyas deliberaciones han durado desde el 12 de noviembre al 22 de diciembre últimos. En ella el Japón estaba representado por el barón de Komura y por el Sr. Uchida, ministro japonés en Pekín, y China por el príncipe Ching y SS. EE. Yuan-shi-Kai, virrey del Petchili, y Na-Tung, ministro de Negocios Extranjeros.

Los plenipotenciarios japoneses fueron recibidos con la mayor cortesía y casi con entusiasmo, por lo menos aparente; desde su salida de la estación, el barón de Komura y sus acompañantes, cuyos trajes á la europea formaban extraño contraste con las hermosas túnicas de seda y los abrigos de pieles raras de los chinos, viéronse acogidos con verdadero afecto.

Al barón de Komura se le tributaron naturalmen-

te honores militares; tuvo permanentemente una escolta, mitad china, mitad japonesa; alojóse en el magnífico hotel de los Wagons Lits; fué agasajado con recepciones, banquetes y fiestas de todas clases por las legaciones europeas y por los grandes mandarines, y mereció el honor de ser recibido en audiencia particular por el emperador y por la emperatriz madre, quienes le dispensaron grandes distinciones.

Las negociaciones fueron lentas, pues los chinos desconfiaban y se defendían; pero cuando se dijo que para llegar á un rápido desenlace el gobierno de Tokio se disponía á enviar á Pekín al marqués de Ito, China, aleccionada por lo que el citado marqués ha hecho en Corea, cedió, según parece, en todos los puntos que eran objeto de discusión, á saber: intervención de los japoneses en el ferrocarril transmandchuriano, concesión de una línea férrea de Mukden á Antung, cesión en arrendamiento del Liao-Tung, apertura al comercio extranjero de diez y seis ciudades de la Mandchuria, entre ellas Kharbin.

Falta ahora saber si, además de este convenio principalmente mercantil, han firmado aquellas dos potencias el tratado de alianza que deseaban los nipones, eventualidad esta tan alarmante, por lo menos para Europa, como las cuestiones que la apasionan actualmente.

El peligro amarillo no es, pues, un fantasma, sino que tiene mucho de realidad. Ya se ha visto, en efecto, lo que ha podido el Japón solo contra la nación reputada como el coloso de Europa; y ello nos sirve de medida para calcular lo que podría suceder el día en que el Imperio del Sol Naciente se uniera con ese inmenso Imperio Celeste que por su población inmensa y por sus recursos y riquezas casi ilimitados y hasta ahora explotados apenas, ha de ser, el día en que abra los ojos á la razón y siga el ejemplo de su aliado de hoy y adversario de ayer, un factor de potencia incalculable en la política mundial.

Y no se diga que la civilización ó europeización de China es obra larga y trabajosa y que los amarillos son refractarios á los progresos modernos, á los cuales difícilmente se adaptan. Esa idea errónea de las aptitudes y energías de aquella raza le ha costado á Rusia uno de los desastres más grandes y vergonzosos que la historia registra. La voluntad es hoy la reina del mundo; el pueblo que verdaderamente quiere realiza los milagros más inverosímiles; y así como el Japón tuvo esa voluntad que todo lo vence, puede China también tenerla.

Es más, sobran indicios para creer que ya la tiene: en efecto, en los principales centros educativos de Europa y de la América del Norte forman hoy legión los jóvenes chinos que se consagran con verdadero entusiasmo al estudio de todas las ramas del saber humano, y comienzan á ser numerosas las comisiones oficiales que visitan y estudian los países en donde pueden aprender lo que en el suyo se ignora. Así empezó el Japón, y véase el camino que ha recorrido en bien pocos años.



EL PRÍNCIPE CHINO SU

amarillo en una sola masa, en un bloque, por decirlo así, capaz de servir, cuando llegara el momento oportuno, sus personales designios, de afianzar su



Salida del barón de Komura de Pekín después de haber firmado el convenio chino-japonés. (De fotografía.)

Ahora mismo una comisión de cincuenta chinos, presidida por SS.EE. Tai-Hung-Chi y Tuan-Fang han recorrido las más importantes ciudades de los Estados Unidos, visitando museos, establecimientos públicos, fábricas, en una palabra, todo cuanto puede dar idea de la civilización yanqui, y visitando todo esto no como turistas, sino como profundos observadores.

Y en corroboración de lo que antes decimos, de

que China comienza á tener esa voluntad de que hemos hablado, léanse las palabras que en un banquete con que le obsequió la colonia china de Nueva York pronunció el mencionado Tai-Hung-Chi. Después de excitar á sus compatriotas á que se aprovecharan de sus estudios, porque la patria necesitará pronto de las enseñanzas que en los Estados Unidos aprenden, les dijo: «Creo que debéis mirar el porvenir de los imperios que han de formarse en Asia;

importa mucho que observéis una vida ejemplar y que os esforcéis en adquirir los conocimientos, la rectitud y la dignidad de carácter que elevan al pueblo chino á la altura del norteamericano. Vosotros podéis hacer más de lo que os figuráis para llevar á cabo las buenas relaciones y la comunicación de ideas entre vuestro país y esa gran República. China os contempla y espera de vosotros una misión importantísima.»—S.



El príncipe EITEL FEDERICO DE ALEMANIA y su esposa la princesa SOFÍA CARLOTA DE OLDENBURGO. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^{as})

LA BODA DEL PRINCIPE

EITEL FEDERICO DE ALEMANIA

El mismo día en que los emperadores de Alemania celebraron sus bodas de plata, efectuóse el matrimonio de su hijo segundo el príncipe Eitel Federico con la princesa Sofía Carlota de Oldenburgo.

El día antes, es decir, el 26 de febrero último la princesa hizo su entrada solemne en Berlín, adonde llegó á las dos de la tarde, acompañada de su padre el gran duque Federico Augusto y de su madrastra la duquesa Isabel de Oldemburgo. La familia imperial y la población

berlinesa dispensaron á la prometida del príncipe | invitados, la corte y el cuerpo diplomático. Terminada la ceremonia religiosa, los emperadores y los

Eitel un recibimiento cariñoso y entusiasta, y la comitiva que salió á recibirla fué una manifestación suntuosa y brillante. En la puerta de Brandeburgo un grupo de señoritas, presididas por el burgomaestre Kirschner, ofreció á la princesa ramos de flores.

La ceremonia nupcial se celebró en la real capilla, en cuyo centro gran número de pajes, vestidos con casaca encarnada Luis XV, medias de seda blanca y chorreras de encaje, formaban un vasto cuadrilátero. Poco antes de las cinco de la tarde entró en la capilla el cortejo, presidido de dos heraldos: la novia, que vestía rico y elegante traje blanco y llevaba magnífica corona, daba el brazo á su prometido. Detrás de ellos iban los emperadores. Sentáronse éstos á la derecha del predicador Dryander, delante del cual se colocaron de pie los novios; detrás se situaron los parientes é

jóvenes desposados, acompañados de sus parientes y amigos, se trasladaron al salón del Trono, en donde se efectuó la recepción en corte, que fué verdaderamente deslumbradora.

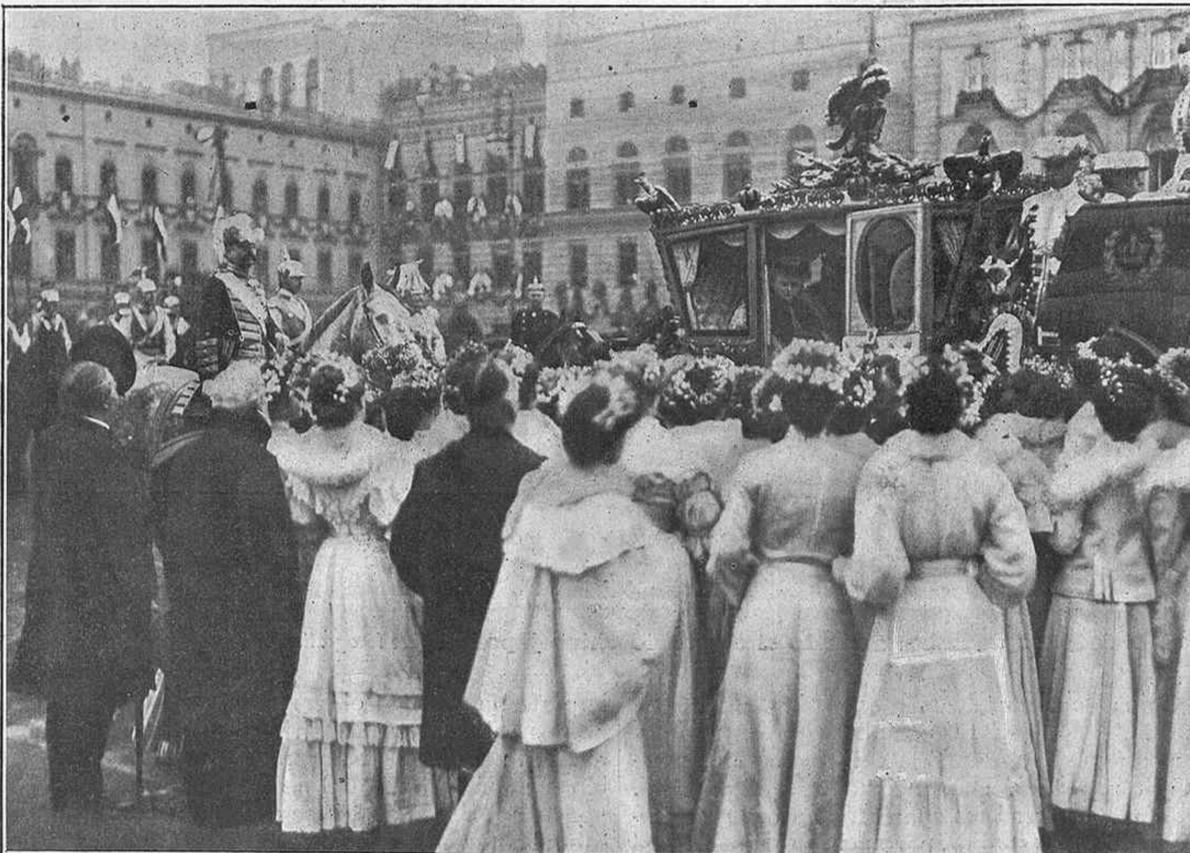
Por la noche hubo banquete de gala en el salón de los Caballeros. El emperador brindó por la joven pareja, dando la bienvenida á la princesa y diciéndole que el carácter leal del esposo que ha escogido le da derecho á esperar de él cuanto de él se ha prometido.

Después del banquete, celebróse en el salón Blanco la danza de los antorchas, en la que dieron la primera vuelta el emperador y la emperatriz y la segunda el príncipe Eitel Federico y la princesa Sofía Carlota.

Los jóvenes desposados partieron en seguida para el castillo de Huberturstock, en donde pasarán la luna de miel. Por cierto que el automóvil en que hacían el viaje sufrió un grave percance, que pudo haber sido de funestas consecuencias para los prin-



BERLÍN. — LA BODA DEL PRÍNCIPE EITEL FEDERICO. — Entrada solemne de la princesa Sofía Carlota de Oldenburgo el día antes de las bodas. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^{as})



BERLÍN. — LA BODA DEL PRÍNCIPE EITEL FEDERICO. — La princesa Sofía Carlota en la puerta de Brandeburgo. El burgomaestre Dr. Kirschner y las señoritas de honor le dan la bienvenida. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^{as})

cipes; por fortuna, salieron del accidente con ligeras contusiones. Después se trasladarán á la villa Liegnitz hasta que estén terminadas las obras que se ejecutan en la villa Ingenheim, en donde establecerán su residencia definitiva.

La villa Liegnitz, situada en Potsdam, á la entrada del parque de Sans Souci, estuvo habitada desde 1840 hasta 1873 por la princesa de Liegnitz, segunda esposa morganática de Federico Guillermo III; después por el príncipe heredero Bernardo de Sajonia Meiningen, antes de su casamiento con la princesa Carlota, hermana mayor del emperador Guillermo II, y últimamente por el príncipe Enrique de Prusia.

La villa de Ingenheim, adquirida hace pocos años por el emperador, dista un cuarto de hora de Potsdam y fué hasta hace dos años residencia de la duquesa viuda de Albany y de sus dos hijos, la princesa Alicia, hoy princesa de Teck, y Carlos Eduardo, actual duque de Sajonia Coburgo Gotha.

La princesa Sofía Carlota, hoy esposa del príncipe Eitel Federico, cuenta veintisiete años, y en su semblante, más aún que sus bellas facciones, admírase la expresión de bondad y de dulzura que desde luego le atraen unánimes simpatías.

El príncipe Eitel Federico nació en 7 de julio de 1883, y es sin disputa uno de los más gallardos oficiales del ejército alemán. Cuando va al frente de sus dragones de la guardia, emana de toda su persona una energía poderosa, una voluntad segura de sí misma; no tiene tal vez la delicadeza que caracteriza á su hermano mayor el príncipe heredero; pero en cambio, puesto á la cabeza de su regimiento, tiene todo el aire de un vencedor, lo cual explica en cierto modo la predilección que siente su padre por ese hijo, que es el verdadero tipo del soldado por excelencia.—S.

EDUARDO VII DE INGLATERRA EN PARÍS

De incógnito, con el título de duque de Lancaster, ha permanecido tres días en la capital de Francia S. M. el rey Eduardo VII de Inglaterra.

Salió de Londres el día 3 del corriente, acompañado de los personajes de su séquito sir Stanley Clarke, el hon. Sidney Greville y el doctor Bankart, y en Portsmouth embarcóse en el yate *Victoria and Albert*, al que daban escolta los cruceros *Bachante* y *Spartiate*, y desembarcó en Cherburgo á la madrugada siguiente.

A las seis de la tarde llegó á París, en donde fué recibido por M. Rouvier, en representación del gobierno; por el director del protocolo, en representación del presidente de la República; por el prefecto de policía, por la embajada inglesa en pleno y por otras altas personalidades.

Desde la estación de los Inválidos dirigióse S. M. al palacio de la embajada de Inglaterra, en donde se ha hospedado durante su estancia en París y en donde se celebró una comida íntima.

El domingo asistió al oficio de la iglesia anglicana de la calle de Aguesseau, y á las tres de la tarde vi-

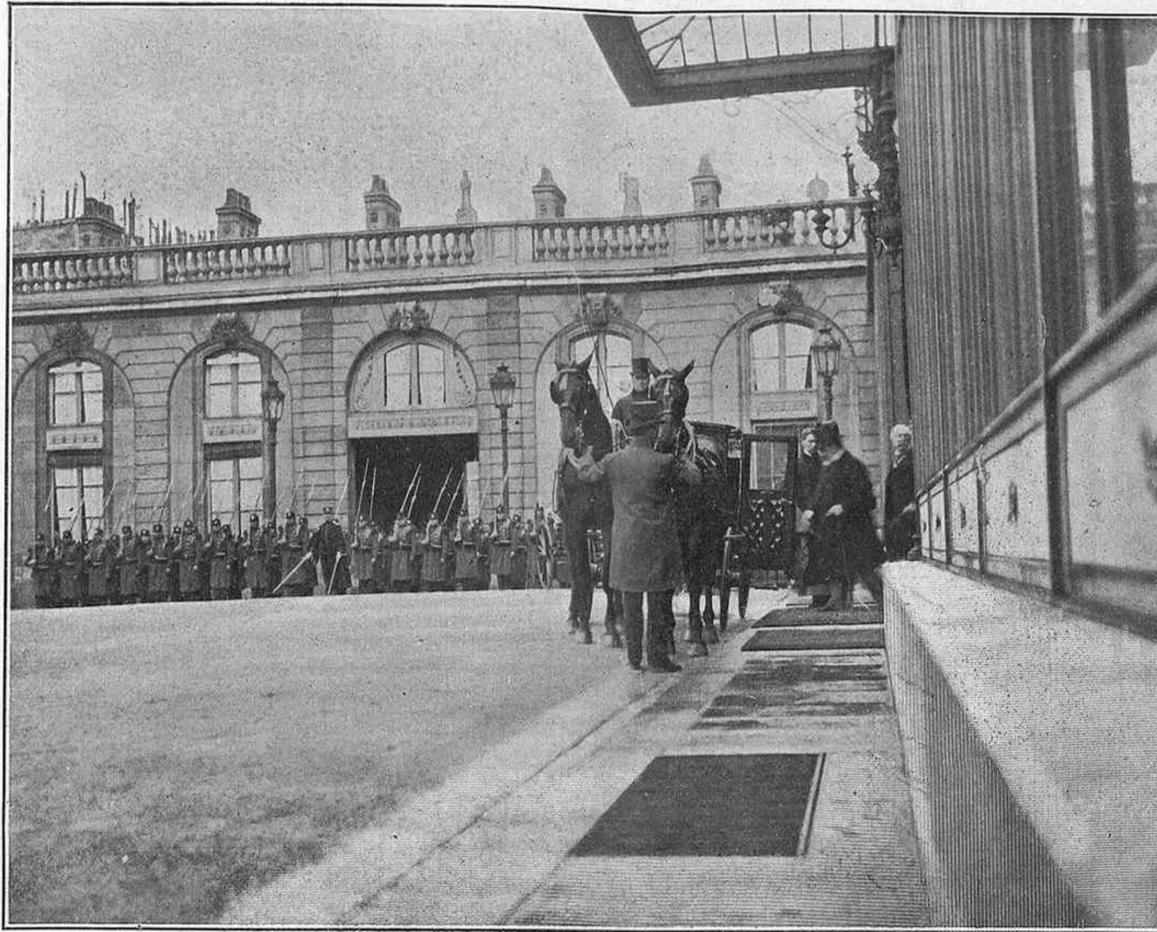
sitó al presidente de la República, el cual poco después devolvióle la visita. A las ocho de la noche se efectuó el banquete con que Eduardo VII obsequió á M. y á Mme. Fallieres y á continuación de aquél

dente M. Loubet una comida, á la que asistió también el ex ministro de Negocios Extranjeros M. Delcassé, uno de los principales coautores de la inteligencia franco-inglesa. En la mañana del martes

salió el rey de Inglaterra de París en dirección á Biarritz.

La visita de Eduardo VII á París, que en otra ocasión no habría tenido importancia alguna, la tiene grandísima, en concepto de muchos, dadas las circunstancias críticas por que atraviesa la política europea y la gravedad de los problemas ó, mejor dicho, del problema único que entre Francia y Alemania se ventila actualmente en Argeliras. Cuando Guillermo II se muestra más intransigente con la República francesa, tiene gran significación el acto del soberano inglés, quien parece haber querido con él testimoniar á su reciente aliada que puede contar en absoluto con el apoyo de Inglaterra. Y el hecho de haber invitado especialmente á su mesa á M. Delcassé tiene todos los visos de un reto al *kaiser*, que no hace muchos meses exigió (bien puede emplearse este verbo) la

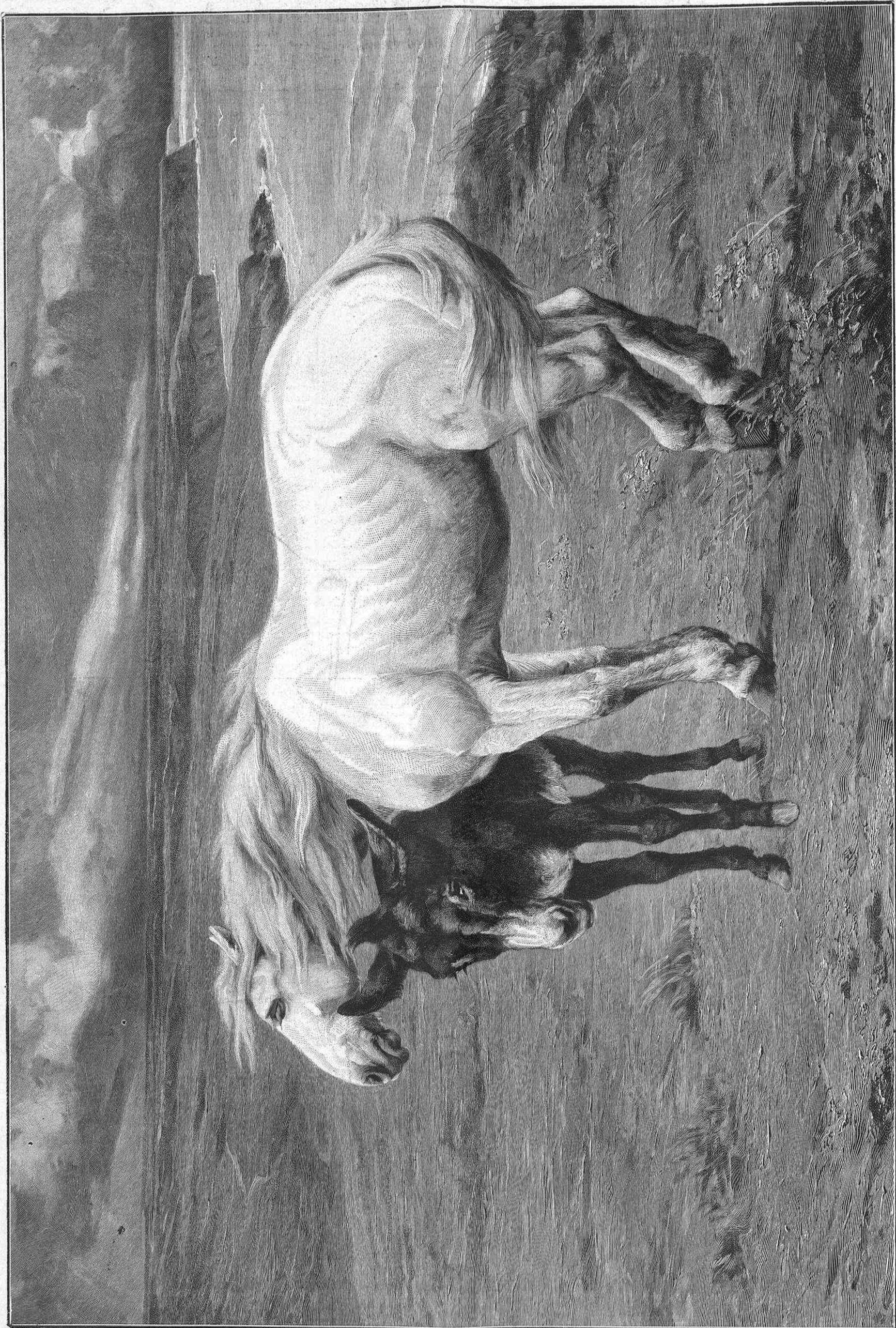
destitución de aquel ministro de Negocios Extranjeros.—R.



S. M. EL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA EN PARÍS. — El rey saliendo del palacio de la embajada inglesa para dirigirse al Elíseo á visitar al presidente de la República. (De fotografía de León Bouet.)



Bajo el árbol de Ceres, cuadro de Francisco Pradilla, propiedad del Excmo. Sr. Conde del Valle



DOS VIEJOS AMIGOS, cuadro de Renato Choquet



GITANA, cuadro de Julio Borrell

D. JOSÉ M.^a DE PEREDA

Con pocas, muy pocas líneas, puede trazarse la biografía del novelista insigne recientemente fallecido en Santander. Nació en Polanco en 7 de febrero de 1834, estudió segunda enseñanza en el Instituto santanderino, dedicóse á empresas mercantiles y comenzó á escribir en «La Abeja Montañesa.» Fué diputado en 1873, figurando en la minoría carlista; mas no tardó en abandonar la política y en consagrarse por entero á la literatura, retirado en su casa solariega de Polanco.

Sus obras son: *Escenas montañesas*, *Pedro Sánchez*, *Los hombres de pro*, *El buey suelto...*, *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, *Tipos y paisajes*, *Bocetos al templo*, *Tipos trashumantes*, *Esbozos y rasguños*, *El sabor de la tierra*, *Sotileza*, *La Montálvez*, *De tal palo tal astilla*, *La puchera*, *Nubes de estío*, *Ensayos dramáticos*, *Al primer vuelo*, *Peñas arriba* y *Pachín González*.

Una terrible desgracia de familia, que desgarró su corazón de padre, le había hecho enmudecer en estos últimos diez años.

No haremos el juicio de lo que fué Pereda ni de lo que su labor literaria significa en la literatura española, creemos que el mejor homenaje de admiración y de respeto que podemos tributar al escritor eminente es copiar algo de lo que de él han dicho otros grandes maestros de la pluma, no después de su muerte, hora de obligadas alabanzas, sino durante su vida, cuando los hombres más ilustres han de luchar con los rigores, con los celos, con las envidias y hasta con los prejuicios de la crítica.

He aquí un fragmento del discurso con que D. Benito Pérez Galdós contestó al de Pereda en su ingreso en la Real Academia, en 21 de febrero de 1897:

«No necesito decir que desde que me deparó mi buena estrella el grandísimo bien de trabar amistad con Pereda, me arrastró hacia él una profunda admiración. Admiré primero su ingenio, que potente se revelaba en sus obras juveniles; pronto admiré su carácter; en el trato amistoso con la persona que, andando el tiempo, había de ser una de las más ilustres de nuestra nación, aprendí muchas cosas y adquirí no pocas ideas, entre ellas una que estimo de gran valor: la idea de que existe perfecta fusión entre la naturaleza moral y la naturaleza artística. Advertí en Pereda que hombre y poeta eran uno solo, y que sus cualidades preciosas se compenetraban maravillosamente. El buen montañés escribía como pensaba, y obraba como escribía: inspiración y conciencia se confundían en una sola llama, en una sola luz. El arte y la vida no podían en él separarse; su prosa era su existencia, radiación de un alma austera en lo esencial y festiva en lo accesorio, toda pureza, convicción y exquisita donosura.

»Desde el primer día de nuestro conocimiento, le vi como un gran carácter, y mi admiración y cariño fueron madurándose y fortaleciéndose con el correr del tiempo, á medida que aquel excelso ingenio desarrollaba su primorosa labor literaria. Me seducía la firmeza de sus ideas, en las cuales veía la seguridad y permanencia de los bienes heredados; me encantaba el reposo de su noble espíritu, embargado por el culto de la vida española, y aquel afán, tan generoso como quimérico,



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - Medalla conmemorativa decretada por la Junta de Historia y Numismática Americana, con motivo del fallecimiento del Teniente General D. Bartolomé Mitre. Acuñada por los Sres. Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires.

de resucitar todo lo bello y bueno de un hermoso pasado; me atraía su caudalosa vena satírica, implacable con el prosaísmo de nuestra edad de azogue; el ardor, en cierto modo caballeresco, con que sostenía sus creencias en cualquier disputa familiar; la hermosa sencillez de su vida, no turbada por otra ambición que el santo anhelo del bien moral y del bien artístico; esa fiebre del éxito que á cada cual le empuja con más ó menos fuerza en su camino, y á él le ha llevado á ganar la corona más excelsa, produciendo obras de un valor impercedero.»

Véase ahora lo que algunos años antes que el Sr. Pérez Galdós escribía á propósito de Pereda el eminente polígrafo D. Marcelino Menéndez Pelayo:

«¿Se comprende ahora por qué al principio he confesado mi incompetencia para juzgar á Pereda? Porque yo no admiro sólo en él lo que todo el mundo ve y admira: el extraordinario poder con que se asimila lo real y lo transforma; el buen sentido omnipotente y macizo; la maestría del diálogo por ningún otro alcanzado después de Cervantes; el poder de arrancar tipos humanos de la gran cantera de la realidad, la frase viva palpante y densa; la singular energía y precisión de las descripciones; el color y el relieve, los músculos y la sangre; el profundo sentido de las más ocultas armonías de la naturaleza no reveladas al vulgo profano; la gravedad del magisterio moral; la vena cómica, tan nacional y tan inagotable, y por último,



El eminente novelista D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA, fallecido en Santander en 1.º de los corrientes

aquel torrente de lengua no aprendida en los libros, sino sorprendida y arrancada de labios de las gentes; lengua verdaderamente patricia y de legítimo solar y cepa castellana, que no es la lengua de segunda ó tercera conquista, la lengua de Toledo ó de Sevilla, sino otra de más intacta prosapia todavía, dura unas veces como la indómita espalda de nuestros montañeses, y otras veces húmeda y *soledosa*; lengua que, educada en graves tristezas, conserva cierta amargura y austeridad, aun en las burlas.

»Por todo esto amo yo á Pereda; pero le amo además como escritor de raza, como el poeta más original que el Norte de España ha producido, y como uno de los vengadores de la gente cántabra, acusada hasta nuestros días de menos insigne en letras que en armas.»

Nunca con más razón que ahora podrá decirse que las letras españolas están de luto; con Pereda desaparece una de las más grandes figuras literarias de nuestra patria, el novelista más castizamente español de nuestros tiempos.

Su entierro en Santander ha sido una manifestación tan sentida como grandiosa, y á ella puede decirse que se ha asociado España entera.

¡Descanse en paz el escritor ilustre!

BELLAS ARTES

(Véanse las láminas de las páginas 169, 175, 176 y 177)

Una calle de Ansó, cuadro de Carlos Vázquez. - El valle de Ansó es uno de los rincones de España en donde se conservan las costumbres más típicas y los trajes más pintorescos. Su casi aislamiento del resto de la nación le ha permitido substraerse á las influencias del progreso, y si ello ha redundado en daño material suyo, en cambio ha sido en beneficio de los que aman la tradición y de los artistas que buscan esas notas características que de día en día van siendo más escasas. De una de estas notas es reproducción la interesante obra de Carlos Vázquez, que á sus cualidades de ejecución, bajo todos conceptos recomendables, une ese algo inefable que nos da á conocer el alma de las cosas.

Bajo el árbol de Ceres, cuadro de Francisco Pradilla. - El maestro ilustre que en algunas de sus más hermosas composiciones nos representa episodios notables de nuestra historia, ha querido remontarse todavía más en el orden de los tiempos, y en el cuadro *Bajo el árbol de Ceres* nos ofrece una escena tomada de la mitología. En esta, como en todas sus obras, mostrárenos Pradilla artista de imaginación potente, tan grande en componer como correcto en ejecutar; con esa firmeza en el dibujo y esa brillantez en el colorido que le han conquistado merecidamente uno de los puestos más altos entre los pintores españoles contemporáneos.

Dos viejos amigos, cuadro de Renato Choquet. - El viento que sopla con violencia y el cielo que se cubre de nubes anuncian próxima tempestad; y los dos viejos camaradas, el robusto caballo y el infeliz rucio, se aprietan uno contra otro, buscando el más débil el amparo del más fuerte. La escena no puede ser más sencilla ni más vulgar, y sin embargo, el notable pintor francés autor del cuadro que reproducimos ha hecho con ella una obra eminentemente simpática que con justicia llamó la atención en el último Salón de París.

Gitana, cuadro de Julio Borrell. - En varias ocasiones, y muy recientemente en el número 1.257 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos hemos ocupado con el elogio que se merece del autor de este cuadro. ¿A qué, pues, repetir los elogios que, haciéndole justicia, le hemos dedicado tantas veces? Téngalos por reproducidos nuestro querido colaborador, cuya *Gitana* es una obra de una solidez y de un vigor de dibujo, co-

lorido y expresión que la hacen digna de figurar al lado de las más notables salidas de su pincel.

Espectáculos. - BARCELONA. - Orfeo Catalá. - Notabilísimos han sido los dos conciertos que, con la cooperación de importantes elementos de la *Schola Cantorum* de París, ha dado en el teatro de Novedades. En ellos se han cantado el primer acto de la ópera *Alceste*, de Gluck; el cuarto acto de la ópera de Rameau *Hypolite et Aricie*; algunos fragmentos de *Els Pirineus*, de Pedrell, y varias composiciones de Bach, Nicolau, Carissimi, Nanini y Pedrell. Todas esas obras fueron admirablemente ejecutadas, habiendo obtenido grandes ovaciones el maestro Bordes, las Srtas. de la Rouviere, Pirronnay, Villot y Delcourt, la señora Delamare, y los Sres. Monys, Robert y Plamondon, director y solistas respectivamente de la citada *Schola Cantorum*, así como el barítono catalán Sr. Segura, el maestro Millet y los coros del Orfeo Catalá.

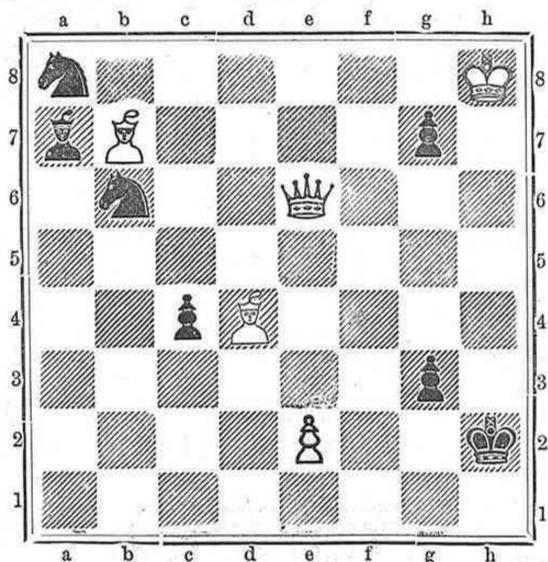
Asociación Musical de Barcelona. - Ha dado el primero de los tres grandes conciertos anunciados en el teatro Principal. El *clou* del mismo han sido el *Kyrie* y el *Gloria* de la grandiosa *Misa Solemne* de Beethoven, una de las obras capitales del maestro de Bonn, que ejecutaron con mucho acierto el cuarteto compuesto de las señoritas Soler (soprano) y Frau (contralto) y de los Sres. Dorca (tenor) y Segura (barítono) y por la orquesta y coros de la asociación, formando un conjunto de 150 ejecutantes, bajo la inteligente dirección del maestro Sr. Lamothe de Grignon. Completaron el programa varias piezas de Beethoven, Haendel, Mas y Serracant, César Frank y Wagner que, como los fragmentos de la *Misa*, fueron justa y entusiasmadamente aplaudidas.

Conciertos Sauer. - En el teatro Principal ha dado dos conciertos el eminente pianista Emilio Sauer, ejecutando con la maestría que le es característica hermosas y fáciles composiciones de Bach, Beethoven, Schumann, Brahms, Mendelssohn, Chopin, Listz, Pabst y varias originales suyas, obteniendo en todas ellas los más entusiastas aplausos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 418, POR W. A. SHINKMAN.

NEGRAS (7 PIEZAS)



BLANCAS (5 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 417, POR S. LOYD.

- | | |
|----------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Da8-h1 | 1. Rh4xg5 |
| 2. Ce3-g2 | 2. h3xg2 |
| 3. h2-h4 mate. | |

VARIANTE.

- 1..... h6xg5; 2. Dh1-g2, etc.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, B^{is} ITALIENS, PARIS.

EL FALSARIO

NOVELA DE JULIÁN HAWTHORNE.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Evocaron así su pasado, recordando las vicisitudes ocurridas; hablaban de futuros planes, de lo que podría suceder; y todo esto sin pronunciar una sílaba ni decir una sola palabra explicatoria; no era aquello una narración de los incidentes pasados, sino un mutuo cambio de pensamientos.

Fedovsky se regocijó, aunque sin mucha sorpresa, de que su respectiva actitud se conservase casi la misma, confesándose que el muchacho de otro tiempo no hubiera sabido cómo amar á la mujer que estaba en su presencia; pero esta mujer convenía muy bien con el hombre de mundo que el conde era ahora. ¿Qué importaban los pequeños detalles? Ambos se habían sumergido bajo las aguas de la vida, y encontrábase de nuevo en la superficie, á gran distancia, es verdad, del punto en que se conocieron, pero no menos unidos que antes por la simpatía y los sentimientos.

Por varias observaciones que la princesa hizo sobre su posición, Fedovsky dedujo que se había casado con el príncipe Volgorouki unos cinco años antes; y en tal caso, su primer marido, el intendente, debía haber muerto poco después de su salida de Rusia; pero el conde no pudo conjeturar cuáles serían los incidentes que condujeron al segundo matrimonio. Supuso que debió haber mediado algo doloroso; pero como quiera que fuese, Vera estaba libre otra vez, libre y rica; y habría tiempo para resolver lo que á los dos convenía en adelante.

Después de una hora de conversación, el Sr. Williams preguntó si se esperaba aquella noche la visita del Sr. Strogello y su esposa, á lo cual contestó la princesa que les había enviado una invitación especial. Los personajes en cuestión eran un diplomático italiano y su señora, de quienes el Sr. Williams había hablado ya á Fedovsky. El americano se brindó á ir á buscarlos; y Vera, después de cruzar una mirada con el conde, consintió en ello. Los dos ansiaban estar un momento solos para hablar sin testigos.

El Sr. Williams salió, prometiendo volver muy pronto, y apenas se hubo marchado, Vera fué á sentarse en el sofá junto al conde; estaba muy conmovida, y durante un minuto le miró fijamente en silencio, sin poder reprimir los apresurados latidos de su corazón.

—Doy á usted gracias, dijo, por su reserva para evitar que el Sr. Williams sospechase que nos hemos conocido antes. No quisiera que ni él ni nadie lo supiese, y no tardaré en manifestarle mis razones... Pero ¿es posible que esté viendo otra vez al conde Fedovsky?, exclamó Vera con voz temblorosa y cruzando las manos sobre sus rodillas.

—¿Y se alegra usted de volver á verme?, preguntó el conde.

—¡Que si me alegro!.. ¡Si usted supiera!.. ¡Y sin embargo, tal vez no deba regocijarme mucho, pues han sucedido tantas cosas!.. ¡Si nos hubiésemos encontrado antes!.. ¡Qué cosa tan extraña!.., precisamente ahora. ¿Se ha casado usted?, añadió después de una pausa mirando al conde fijamente.

Fedovsky hizo con la cabeza un ademán negativo.

—No, contestó; sólo he conocido una mujer con quien deseaba casarme... No soy hombre caprichoso.

—¡Ah!, exclamó Vera; no me censure usted, porque no he sido feliz.

Al decir esto, hizo un movimiento con la mano y Fedovsky vió brillar en un dedo el anillo de oro que en otro tiempo regaló á la joven como prenda de su amor. A pesar de todos los cambios, Vera le

conservaba; esto era una bagatela tal vez, pero produjo en el conde una impresión profunda, y le hizo pensar que su recuerdo había vivido siempre en el corazón de la joven.



En cuanto á Vera, sentóse ante el piano y empezó á tocar

—Una mujer como yo, dijo Vera, puede hacer muy poco para luchar contra su destino. Ya sabe usted cómo se me obligó á casarme; y sin embargo, no cedí hasta que se me hizo creer que usted contraía matrimonio con otra. Esto me hizo indiferente á todo lo demás, y quise morir; pero la muerte no llega cuando estamos más dispuestos á recibirla. Aquel hombre me condujo desde la desgracia á la degradación; y cuando supe que había cometido un acto deshonesto, dejé de pensar en lo que me rodeaba para acordarme tan sólo del pasado. En aquellos días olvidé... ó me pareció olvidar que había conocido á usted.

La voz de Vera parecía debilitarse por momentos... Fedovsky recordó las entonaciones musicales de aquella voz temblorosa, y las lágrimas acudieron á sus ojos; pero Vera se repuso con un movimiento de energía y continuó su relato.

—Si aquello hubiera continuado mucho tiempo, no sé lo que habría sido de mí; pero acabó muy pronto... tan repentinamente, que apenas pude creer en el hecho... y hasta imaginé que aquello era una pesadilla, de la que iba á despertar para sufrir tanto como antes. ¡Una mujer no puede olvidar tan pronto que ha sido la esposa de un ladrón! Ese hombre fué muerto de un tiro cuando se escapaba...; pero no hablemos de ese terrible incidente, en el que nada fué más espantoso que la alegría que me produjo, pues era indudable que aquel hombre me había amado con toda su alma. Como quiera que sea,

ya estaba libre, y al principio no vi nada que pudiera ser agradable para mí. Tenía algunos miles de rublos y varias joyas, lo suficiente para vivir algún tiempo; pero me habría muerto de hambre, ó me hubiera sucedido alguna cosa peor, á no ser por un afortunado incidente, que yo no podía esperar, ni merecía tampoco.

—Entonces fué sin duda cuando yo soñé que estaba usted en peligro, murmuró Fedovsky, que apoyaba su mano en la de Vera y parecía absorbido en su relato.

—Yo me había anunciado en los diarios, continuó Vera, como profesora de canto; y durante largo tiempo nadie reclamó mis servicios; pero en el mismo día en que iba á suprimir el gasto que esto me ocasionaba, por creerlo inútil, recibí una carta del secretario del príncipe Volgorouki. Poco después presentéme en su palacio y tuve una conferencia con él. Era un anciano venerable, de noble aspecto; dirigióme algunas preguntas sobre mi posición; le contesté lo que buenamente podía sin perjudicarme; pareció satisfecho, y entonces me dijo que deseaba educar á una nietecita, su única descendiente, pues su esposa y su hija habían muerto. Se fijaron las condiciones y entré en la casa como institutriz.

Aquella niña tenía la salud muy delicada, y muy pronto el príncipe quiso que fuésemos á viajar. Visitamos varias ciudades, deteniéndonos un mes ó dos en Moscou; pero el verano se pasó en Italia y en la costa del Mediterráneo. En la primavera del año siguiente permanecimos demasiado tiempo en el Sud, y la niña cayó enferma, aquejada de una fiebre maligna. Cuidé á mi pupila cuanto era posible, porque la quería mucho; pero llegado el otoño, murió. Esta pérdida fué sumamente dolorosa para el príncipe, y cuando le dije que debía salir de su casa, no quiso escucharme; pero yo le advertí que no sería decoroso permanecer bajo su techo. Al fin me preguntó si tendría inconveniente en casarme con él; dijo que le quedaba poca

vida, que no esperaba ser amado, y que él era muy viejo para sentir una pasión; pero que estaba acostumbrado á mi presencia, y que no podía menos de asociarme en su pensamiento con su difunta nieta. Darme su nombre, añadió, no sería más que pagar los consuelos que yo le prodigara.

Semejante oferta era demasiado honrosa y delicada para desecharla locamente; mas pensé que el príncipe tenía derecho de saber ante todo lo que había sido mi vida pasada, y le dije todo cuanto había callado antes. Me escuchó con mucha atención, y contestóme al fin que yo sería su esposa.

Después de esto, el príncipe vivió tres años, le fui fiel, y me trató siempre con ternura y respeto. Diez y ocho meses hace que murió, y el testamento que hizo en mi favor me permite vivir independiente durante el resto de mi vida; pero conozco muy poca gente, y podría decirse que acabo de volver al mundo.

Vera refirió esta historia interrumpiéndose á menudo, como para concentrar sus recuerdos, y unas veces miraba fijamente al conde, mientras que otras parecía absorta en sus reflexiones; pero al fin se levantó repentinamente, y comenzó á dar vueltas por la sala, cubriéndose los ojos con el pañuelo. Aquellas reminiscencias del pasado, combinadas tal vez con su actual situación, excitábanla mucho sin duda.

—¡Bien, ya nos hemos encontrado!, dijo Fedovsky; pero confieso que este es el último sitio donde hubiera esperado hallar á usted.

—A mí no me sorprende ya nada de lo que me sucede ni de lo que hago, y mi carrera no me ha enseñado sino una cosa: que no puedo detener el curso de los acontecimientos, ni tampoco ser dueña de mis actos. No sucede lo que yo espero ó deseo, sino algo muy distinto. Si me hubiera usted anunciado que pensaba venir aquí, le habría dicho que tuviera la bondad de no hacerlo.

—¿Por qué? ¿Teme usted por ventura que yo la ocasiono perjuicio alguno?

—No es esa la razón; pero puede suceder algo malo.

—¿Se halla usted en algún apuro? ¿Puedo ayudarla yo?

—Yo dudo que ningún ser humano sea capaz de auxiliar á otro. Aquí estamos los dos solos en esta sala, y parece que podríamos hacer lo que se nos antojase. ¿Qué me impediría decir á usted unas pocas palabras, poner mi mano en la de usted y abandonar esta casa y el país para siempre?..

—¡Hágalo usted!, exclamó Fedovsky con energía. Sean cuales fueren las consecuencias puede confiar en mí.

Al decir esto, el conde se levantó y alargó sus manos.

Vera inclinó la cabeza y miró á Fedovsky fijamente; sus mejillas, pálidas hasta entonces, se colorearon poco á poco; estaba visiblemente conmovida, y hubiérase dicho que vacilaba en adoptar una resolución. Era una mujer de pasiones fuertes, de esas que son capaces de poner por obra los actos menos pensados; pero también sabía reflexionar con serenidad, midiendo el alcance de las cosas, y gracias á esto, podía reprimir sus impulsos. Para dominar á Vera en aquel momento hubiera sido preciso no darle tiempo para reflexionar; pero Fedovsky no lo intentó para que acudiese á su deseo; hablaba con formalidad, mas no era bastante arbitrario. El momento de indecisión pasó sin que el conde insistiera; debió haber cogido á Vera en sus brazos y apurarla hasta que fuera demasiado tarde para que ella pudiera oponer dificultad; pero la costumbre de mostrarse indiferente á todo, costumbre adquirida en los últimos años, le dominó aun en aquel momento, aunque entonces hablaba con sinceridad, y por eso Vera quedó perdida para él. A decir verdad, no sabía la menor cosa respecto á los motivos y consideraciones que influían en el ánimo de Vera, y nada tenía de particular que no obrase con decisión.

—¿Cómo puede usted estar seguro de que yo debo confiar en lo que me dice?, repuso la joven, retirándose un paso. Las circunstancias influirían en usted, como en todos los hombres; yo no puedo confiar en nadie, y por lo tanto permaneceré aquí. Usted es libre de marchar ó de quedarse.

—Pues me quedaré. Si no quiere usted decirme qué la obliga á proceder así, haré todos los esfuerzos posibles para averiguarlo yo; y cuando lo sepa todo, repetiré cuanto he dicho antes. Para mí vale usted más que todas las circunstancias...

—Aquí vienen mis visitas, dijo Vera al oír que tocaban la campanilla. Ahora volvemos á ser desconocidos uno para otro. Esa gente me molesta mucho, pero es la única que conozco aquí... Un poco de conversación, el acostumbrado te y un rato de juego son mis únicas diversiones.

Así diciendo, Vera sonrió con una especie de melancólica ironía, y un momento después abrióse la puerta para dar paso al *signor* Strogello y su esposa, seguidos del americano.

VII

¡ALERTA!

El Sr. Strogello, hombre ya entrado en años, se distinguía principalmente por su corpulencia y su cabeza muy redonda, con el cabello gris; sobre su nariz aguileña apoyábanse unos anteojos muy brillantes, y sus delgados labios parecían esforzarse continuamente para sonreír con bondad. Llevaba levita negra, con solapas de seda y una cinta azul y roja en el ojal, como distintivo de alguna orden; chaleco blanco con tres botones, formado cada cual por un carbunclo, mientras que otro brillaba en la pechera de la camisa. Las manos eran gruesas y cortas, pero varios anillos adornaban los dedos.

La señora Strogello, mujer de unos cuarenta años, de formas angulosas, tenía facciones bastante ordinarias y expresión taciturna; sus ojos, pequeños y negros, se movían rápidamente para observarlo todo; y en cuanto al traje de la dama, era más bien de ostentación que de buen gusto.

Los esposos entraron cogidos del brazo, y después de saludar á la princesa y de ser presentados al conde, cumplieron con sus deberes sociales. El

americano y la señora Strogello entablaron conversación con la princesa, mientras el diplomático italiano se consagraba al conde.

Fedovsky echó de ver muy pronto que su interlocutor era hombre de chispa y de instrucción. Había visitado muchas capitales de Europa, y citaba familiarmente los nombres de grandes personajes.

—He vivido siempre muy atareado, dijo, tomando parte en grandes asuntos, con hombres que rigen el destino de los imperios; pero á medida que me hago viejo me persuado más de que los placeres de la vida se encuentran mejor en el círculo social y doméstico; las relaciones no son menos variadas y divertidas, y me parecen más sinceras. Todo es relativo, y sin duda el simple labriego que cumple con sus deberes y obligaciones experimenta una satisfacción que podría ser envidiada por los Napoleones y Bismarks de la historia, que después de combatir con el mundo acaban por sufrir una derrota ó una humillación. Se ha dicho que la guerra y la diplomacia son como una partida de ajedrez; concedido; pero añadiré que para establecer esa semejanza con el juego de ajedrez ó el de naipes, se han de eliminar de aquéllas sus más rudas condiciones, quedando así solamente los elementos abstractos.

—Sin embargo, observó el conde, á quien divertía mucho aquella manera de raciocinar, no hay razón para que no se pueda disfrutar á la vez de lo abstracto y de lo concreto. Napoleón y Bismark no necesitaron posponer el ajedrez ni los naipes hasta que dejaron de dirigir los asuntos de Europa.

—Es indudable, repuso el italiano: lo más grande puede comprender lo más pequeño; pero yo quería decir que el diplomático retirado puede recordar en la inofensiva diversión social que le ofrece la mesa de juego en su casa las satisfacciones y vicisitudes de su carrera pública.

—Supongo, repuso Fedovsky, que el más eminente hombre de Estado hallaría en Mónaco lo suficiente para excitarse. Blanc sería para él, por este concepto, una verdadera providencia.

—En cuanto á mí, repuso Strogello, declaro que el juego no tiene gran atractivo para mí, es decir, tal como se practica en el casino de Monte Carlo; pero en el círculo social es diferente. Poca importancia tiene el ganar ó perder algunos centenares de francos con los amigos; pero tal vez usted no lo piense así...

—Hablando con franqueza, no he pensado sobre el particular, repuso Fedovsky sonriendo. Vine aquí para saber lo que era el juego, y he visto que equivalía á quemar por capricho billetes de Banco á la llama de un quinqué, ó arrojar el oro á las olas. He satisfecho mi curiosidad, y esto me basta.

—¡Muy bien!, repuso el italiano; pero supongo que el juego social y amistoso no estará comprendido en su razonable aversión á los excesos de la mesa de juego pública.

—Creo que no; pero repetiré que entiendo poco en naipes, y dudo que haya jugado una docena de veces en mi vida.

—Pues entonces, querido conde, le aseguro que desconoce un gran medio para distraerse. Me alegraré mucho de ser yo quien se le dé á conocer.

—Me felicitaré de ello, replicó Fedovsky cortésmente.

No era la buena educación lo que inducía al conde á consentir; era que, muy sobreexcitado en aquel momento, experimentaba verdadera necesidad de distraerse en algo. Los naipes podían servir para esto á falta de otra cosa mejor; y sus pensamientos se fijaban con tal intensidad en su reciente entrevista con Vera, que hasta se hubiera sometido á una operación quirúrgica para desecharlos siquiera por un instante.

Hecha la proposición de jugar un poco, todos la admitieron; preparóse una mesa, se envió á un criado á comprar naipes, pues al parecer no los había en casa; y Vera, con no poca satisfacción de Fedovsky, rehusó tomar parte en el juego. Los demás ocuparon sus asientos. El conde tuvo por compañera á la señora Strogello; y el italiano, aunque tomando parte contra él con el Sr. Williams, hacíale indicaciones como benévolo instructor. Después de un ligero debate sobre el juego que se elegiría, se optó por el golfo, á fin de que cada cual jugase por su cuenta; y como no había fichas en la casa, el americano cortó rápidamente unos pedacitos cuadrados de papel de diversos colores.

Entre tanto, Vera se ocupaba en hacer el te. El Sr. Strogello puso en la mesa una cajetilla de cigarrillos para que todos fumarán, pero el Sr. Williams sacó de su petaca un habano, diciendo que no le agradaba el papel. Pronto se animó mucho el círculo, y después de jugar cinco ó seis partidas para

instruir al conde, éste declaró que ya estaba bien preparado.

—Mejor será que no exponga usted mucho, díjole el americano, mientras barajaba los naipes; el golfo es bastante fácil en cierto modo, pero hay mucho que aprender después de conocer todas las reglas. ¿No le parece á usted así?, añadió, dirigiéndose al italiano.

—Así es, repuso el Sr. Strogello. Yo aconsejaría al conde que no aventurase nada esta noche, porque la ventaja estaría de nuestra parte.

—Eso es fácil de arreglar, dijo su esposa..., se pueden hacer puntos de una peseta, y hasta si se quiere, no jugar más que los años...

—¡Sí, sí, eso será lo mejor!, exclamaron el italiano y el Sr. Williams.

—No estoy conforme, repuso Fedovsky resueltamente; lo que buscamos aquí es un poco de diversión, y no puede haberla si no se cruza el menor interés. Dícese que la fortuna favorece al novicio, y por lo tanto apuesto á que seré el ganancioso. Demos á los papelitos blancos el valor de diez pesetas, y de veinte á los rojos. ¡Vamos, les desafío á ustedes á todos!

Al decir esto, el conde levantó la cabeza sonriendo, y vió á Vera, que de pie detrás de la señora Strogello, le miraba de un modo extraño; tenía las cejas ligeramente contraídas y parecía oprimir los labios. Aquella mirada alarmó á Fedovsky un poco, aunque sin comprender su significación; mas supuso que Vera, así como él, estaba secretamente preocupada por su última conversación. De todos modos, no quiso pensar, y bajando la cabeza, no se ocupó más que de los naipes. Los demás habían aceptado, con más ó menos repugnancia aparente, la proposición del conde, y se comenzó á jugar.

Según había pronosticado Fedovsky, la fortuna le favoreció, y no hacía más que ganar; de modo que al cabo de una hora la mayoría de los papelitos estaban á su lado.

El americano se retorció el bigote, encogiéndose de hombros; el Sr. Strogello felicitó cortésmente á su pupilo por haberse aprovechado bien de las lecciones, y su señora aseguró que el conde era un gran jugador de golfo y que debía tener mucha experiencia. En cuanto á Vera, sentóse ante el piano, y comenzó á tocar y cantar en voz baja. La deliciosa armonía de aquella voz produjo una impresión profunda en Fedovsky, pues le hizo recordar días felices que ya no debían volver. Aquello le excitó, y quiso aumentar el valor de las puestas.

—Jugaré más cuidadosamente, dijo, y así perderé con seguridad... Para que yo pueda interesarme más, elevemos el valor de los papelitos á doscientas pesetas cada uno...

—Bien tenga usted ó no práctica en el golfo, replicó el americano, no puede negarse que es un verdadero jugador... Ha errado usted su vocación, señor conde; pero dispéñeme de aceptar un juego como el que usted propone. Yo no soy millonario, y doscientas pesetas por punto sería broma demasiado pesada. Reduzcamos á veinticinco y cincuenta, y probaré mi suerte.

—Como usted guste, replicó Fedovsky. Debe usted conocer mejor que yo cuál es la costumbre.

El americano barajó los naipes, y cada cual tomó los suyos. Entre tanto la princesa se había levantado del piano para acercarse, y se colocó junto á Fedovsky de modo que éste pudiera advertir que se hallaba allí, pero sin verla bien. De repente se agachó para coger uno ó dos papelitos, que estaban en el suelo.

—Creo que es de usted, dijo; ahora mismo acaba de caer.

—Gracias, contestó el conde, colocando el papelito junto á sí. De repente notó que tenía algo escrito con lapiz; era una sola palabra rusa, que decía: «¡Alerta!»

La princesa volvió á su piano y comenzó á tocar de nuevo.

Fuera cual fuese el objeto de Vera, solamente sirvió para inquietar más á Fedovsky, á quien no le ocurrió que el aviso pudiera referirse más que á un asunto personal entre la princesa y él. ¿Habría ofendido á Vera de algún modo? En cuanto al juego, era cosa tan subordinada para él, que ni siquiera le tomó en consideración. En cualquiera parte menos en casa de Vera podría haber desconfiado de sus compañeros; mas bajo aquellas circunstancias, ni aun pensó en ellos.

Como quiera que sea, deslizó el papelito en su bolsillo, el juego prosiguió, y vióse aún favorecido por la suerte; pero también la señora Strogello se desquitaba poco á poco, hasta que los papelitos se repartieron casi por igual entre los dos. Tocóle al italiano barajar otra vez, y al coger el conde sus car-

tas, viendo que tenía excelente juego, comenzó á jugar.

La señora Strogello parecía también satisfecha con el suyo y aceptó el envite; los dos comenzaron á elevar las puestas, y esto se repitió cinco ó seis veces. Impaciente al fin el conde, envidó por quinientas pesetas, lo cual produjo gran asombro, dando lugar á varias observaciones.

—Mejor será dejarlo aquí, dijo el americano, pues se cruzan ya dos mil pesetas.

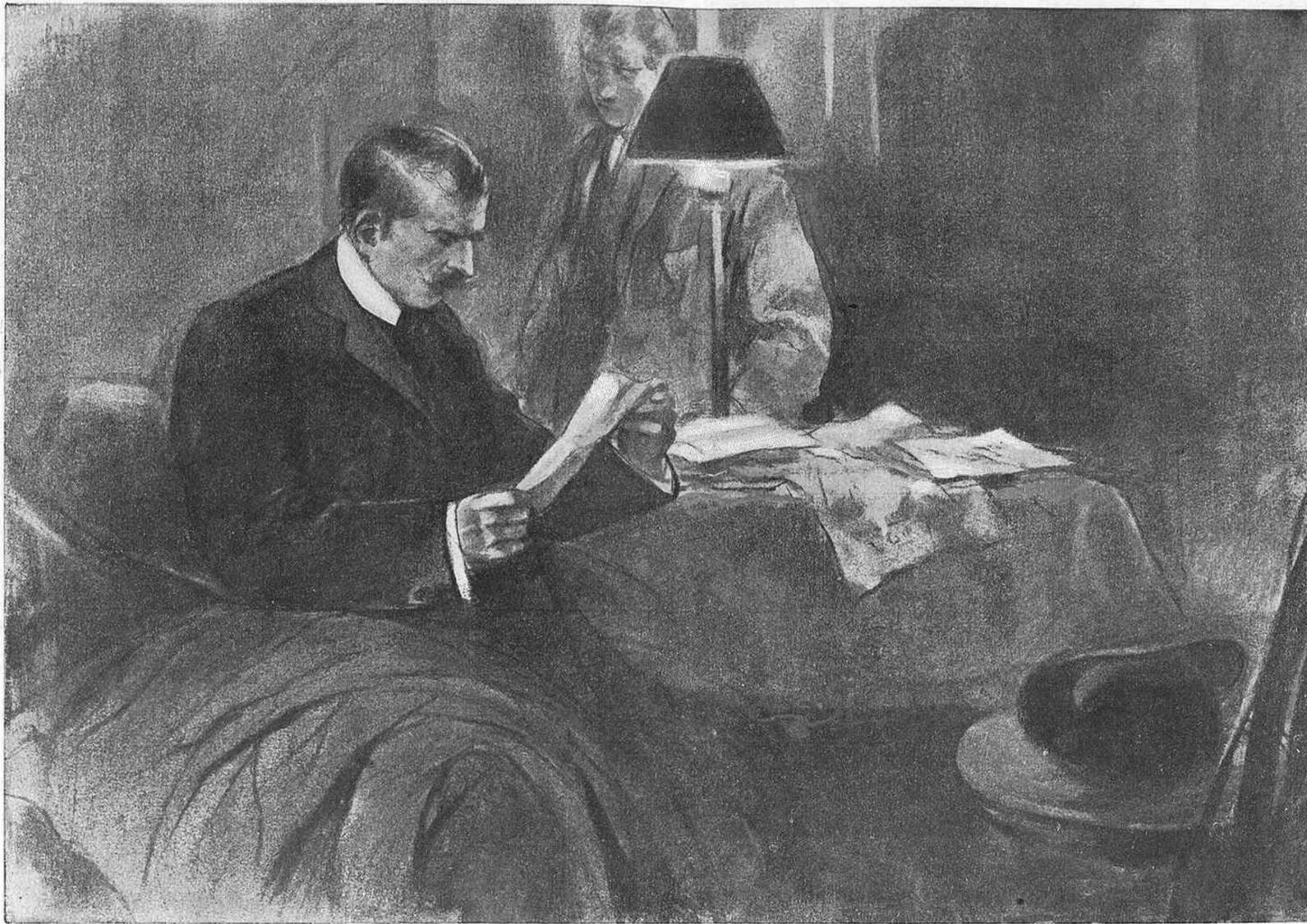
estaba ofendida por algo; pero Fedovsky no podía imaginar por qué. ¿Sería por haberla invitado á marchar con él? Esto parecía imposible, tanto más cuanto que ella misma había sugerido la idea. ¿Estaría disgustada por haberle visto jugar tanto dinero en su casa? Tal vez sí; mas en este caso, podía haberse opuesto. También era posible que estuviese enojada por no haber adivinado él la significación de la palabra «¡Alerta!»

Todas estas reflexiones cruzaron por su mente en

—¡Cómo, exclamó el conde, eso es imposible! Apenas ha habido tiempo de que se reciban las mías... Debe ser otra cosa.

—De todos modos, repuso Tomás, son de los agentes, y usted mismo puede verlo por la escritura del sobre.

Fedovsky miró: Tomás tenía razón; pero se habían echado en el correo el mismo día en que él escribió, y era cosa inusitada en sus agentes dirigirle carta alguna fuera de ciertas épocas del año, ó en



... tomó una de las cartas y comenzó á leerla...

—La señora decidirá, repuso Fedovsky inclinándose cortésmente.

—Pues me parece que debo aceptar, contestó la dama mirando otra vez sus naipes.

La puja continuó, mientras que los demás observaban en silencio con creciente interés; la cantidad que se cruzaba aumentó rápidamente, y en menos de cinco minutos viéronse en la mesa veinte mil pesetas.

El conde había llegado al límite de la suma que llevaba y tendió sus cartas, invitando á su antagonista á mostrar también su juego.

Fedovsky tenía el rey, la reina, la sota, el tres y el nueve de copas; la señora Strogello presentó el as, el rey, la reina, la sota y el tres de oros.

VIII

PÉRDIDA Y GANANCIA

Al terminar el juego, la princesa hizo resonar la cuerda más fuerte del piano y levantóse. Fedovsky hizo lo mismo, y con la sonrisa en los labios felicitó á la señora Strogello por su buena suerte, diciendo que agradecía el entretenimiento que acababan de proporcionarle.

—Pero, amiga mía, dijo el italiano á su esposa, no puedo menos de protestar contra eso, pues el señor conde creará que tratamos de saquearle. No debías haber aceptado semejantes envites.

—¡Nada de eso!, exclamó el conde. La señora no ha hecho más que ceder á mis instancias, y sentiría que la suerte se hubiese declarado en favor mío. De este modo puedo despedirme de ustedes con la conciencia tranquila, y con permiso de la princesa, espero que nos volveremos á ver aquí.

Al decir esto, inclinóse ante Vera, pero ésta no contestó, y parecióle que su mirada, sin expresión en aquel momento, era fría é indiferente. Sin duda

un momento, dejándole con las mismas dudas que antes tenía.

—¡Ah!, exclamó el Sr. Strogello, seguramente tomará usted de la revancha, y en cuanto á mí, no estaré tranquilo hasta que usted obtenga el desquite. La princesa es tan amable, que seguramente nos permitirá reunimos aquí otra vez. ¿No es así, señora?

—Por mí no habrá inconveniente, y cuanto antes mejor, repuso la princesa con un tono que á Fedovsky le pareció irónico.

El conde pensaba encontrar un pretexto para quedarse después que los otros se hubiesen retirado, ó de volver á otra hora para hablar á Vera sin testigos; pero su proceder le desanimó. Sin embargo, ocurrióle que podía escribirle una carta pidiéndola una explicación de su conducta, y esto le consoló. En su consecuencia fué el primero en despedirse, y tal había sido su turbación hasta que respiró en la calle el aire libre, que no recordó que acababa de perder otra vez hasta su última peseta, sin quedarle esperanza de tener más dinero hasta que recibiese las letras ó cartas de crédito de sus agentes. Por lo pronto, no podía volver á ver á sus amigos al día siguiente; y por otra parte, la cuenta de la fonda, que debía ascender ya á mil pesetas ó más, le sería presentada en el momento menos pensado. La idea de no tener dinero para pagar tan insignificante cantidad era nueva para Fedovsky, y le hizo sonreír, pero enojóle al mismo tiempo. Por fortuna, le quedaban aún algunos millones, y su pobreza no era más que momentánea; pero estaba resuelto á evitar semejante apuro en lo sucesivo. Marcharía á América tan pronto como tuviese oportunidad, y antes de esto, se esforzaría para persuadir á Vera á seguirle, no dudando que aceptaría.

No debía estar mucho tiempo en esta convicción, pues al entrar en su cuarto encontró á Tomás.

—Me alegro mucho ver á usted, señor, dijo el fiel criado. Las cartas han llegado ya.

contestación á las que recibiesen. Debía ocurrir alguna novedad. ¿Qué podía ser?

El conde se arrellanó en su sillón, tomó una de las cartas y comenzó á leerla. Tomás, que le observaba silenciosamente, notó que su rostro cambiaba de expresión; sus cejas se contrajeron, y la sangre coloreó poco á poco sus mejillas. A medida que avanzaba en su lectura, inmutábase más al parecer; terminó la primera carta, dejola sobre la mesa, y cogiendo la otra, rasgó el sobre sin pronunciar palabra. La leyó más rápidamente que la primera, y después de reflexionar algunos minutos, tomó un cigarrillo, encendióle y se volvió hacia su criado.

—Tomás, le dijo, ¿cuándo te pagué yo tu salario la última vez?

—El primero de mes, señor; hace dos semanas.

—¿Te queda algún dinero?

—Sí, señor; todo lo que usted me dió.

—Me alegro saberlo, pues tal vez no me sea posible pagarte más en algún tiempo. Entre tanto, amigo mío, deberás buscar otra colocación.

—¡Yo, señor..., no haré tal cosa, pues no quiero servir á nadie más que á usted! Si tiene suficiente para sí, yo también, y en cuanto al salario, no me importa. ¿Qué ocurre, señor?

—En estas cartas se me dice que no me queda un rublo que pueda considerar mío. Mis tierras han sido confiscadas por el gobierno; se me acusa y parece que me consideran culpable de conspiración contra el emperador; alégase que profeso opiniones demasiado liberales; que no me presenté á las autoridades como debía, y qué sé yo cuántas cosas más. En cuanto al descuido de no visitar á los diversos cónsules, algo hay de cierto en ello; pero habíanme dado á entender que las autoridades consentían en dispensarme de tal formalidad, y esta falta es demasiado leve para imponerme semejante castigo.

(Se continuará.)

UN TRATAMIENTO NUEVO

PARA LA SORDERA

Otra revolución ha comenzado en París, pero esta vez ha sido en los dominios de la Medicina. Hace algunos años que en uno de los barrios más antiguos y notables de la ciudad va progresando lentamente una gran empresa. No muy lejos de la Sorbona, del colegio de Francia y de los de Medicina; en contacto, pues, con las ideas nuevas y con todos los recientes descubrimientos científicos, el Dr. Marcelo Natier y el padre Rousselot abrieron hace pocos años las puertas de un Instituto de laringología y de ortofonía. Es un edificio de modesta apariencia, de cuatro ó cinco pisos, junto á las orillas del Sena, muy cerca de la catedral de Notre Dame. Su exterior está en armonía completa con la unidad de la labor que dentro de sus muros se realiza; no hay adornos ni magnificencias exteriores, pero en sus salas existe un tesoro envidiado por todo el mundo científico, un tesoro que ha tratado en vano de comprar una de las más ricas universidades de los Estados Unidos, á saber: el tonómetro famoso de Koenig.

Este Instituto se ha fundado para el estudio científico del oído, la garganta, la laringe, los pulmones, la tartamudez y todos los demás defectos del habla. Unicamente en caso de no haber existido ó de haberse destruído por completo los órganos esenciales es cuando nada puede intentarse para curar la sordera, y como los casos de esa especie son extremadamente raros, el tratamiento más racional es el de procurar obtener una regeneración natural de los órganos enfermos por medio de ejercicios gimnásticos apropiados. Así como los fakires indios, no usando los miembros y los músculos, los tornan tiesos y rígidos; así como el atleta, por medio de un ejercicio continuado, desarrolla los músculos y el gimnasta consigue que su cuerpo adquiera flexibilidad, así también podemos, por un tratamiento regular y sistemático, restaurar ciertos órganos estropeados, de tal manera que puedan continuar ejerciendo sus funciones naturales. Una teoría antigua era que cuando el tímpano del oído se lastimaba ó paralizaba, nada podía hacerse en favor del enfermo; otra afirmaba que, en ciertos casos, el aire encerrado en la cavidad media del oído no tenía la misma presión que el atmosférico y que esto era causa de sordera. Se suponía que el remedio para ello consistía en que el enfermo aspirase con fuerza aire por la nariz; en algunos casos, esa operación estropeaba el tímpano. A veces también se creía necesaria la extracción de los huesecillos del oído medio; pero por lo común ambos métodos concluían por agravar la enfermedad.

El oído es un órgano construído del modo más maravilloso y delicado. Consta de tres partes: el oído externo; la caja del tímpano, que es el oído medio, y el interior ó laberinto. El conducto auditivo externo termina en un ángulo agudo, cerrado oblicuamente por la membrana del tímpano, especie de tabique cuya película es capaz de contraerse; al otro lado del tímpano está el oído medio, cavidad llena de aire y que contiene la cadena de huesecillos, que forma tres piezas distintas unidas entre sí. Esta cadena está sostenida en su sitio, en el oído

medio, por sus extremos y por ligamentos y músculos. Gracias á las articulaciones y á la elasticidad de sus ligamentos, la cadena de huesecillos puede ejecutar ciertos movimientos que son resultado de las vibraciones acústicas y de la acción de dos músculos. El oído interno es la parte más complicada del órgano de la audición. Consiste en una especie de

sordera, lo esencial es hallar la causa real y exacta de la enfermedad. Cuando hablamos á un sordo, tal vez no nos entienda, pero de ello no debe deducirse que no nos oiga. Si en vez de hablarle se hacen sonar al oído las vibraciones de varios diapasones, se comprueba que oye algunas, pero no todas. Queda, pues, demostrado que hay huecos ó vacíos en los

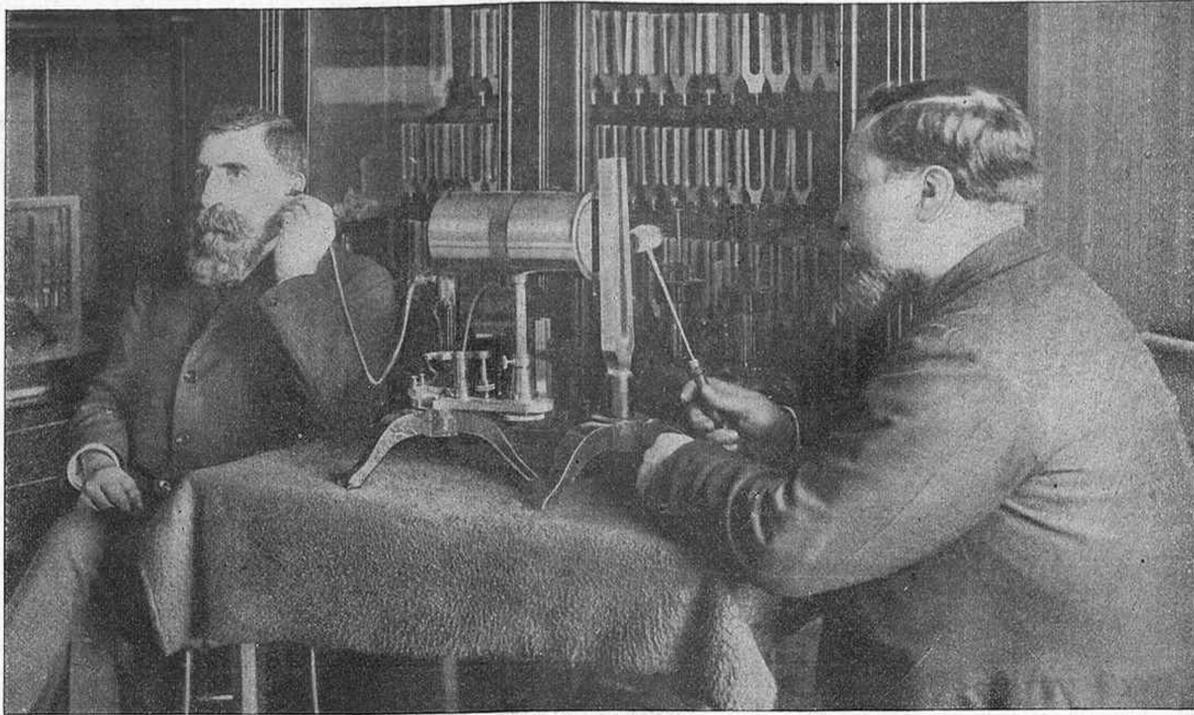
órganos auditivos que no le permiten oír á la vez todos los sonidos compuestos del lenguaje. Este análisis de la sordera por medio simplemente de los sonidos de diversos diapasones, prueba que la ruptura del tímpano del oído no ocasiona, como generalmente se cree, una sordera total, sino que hace que los sonidos aparezcan uniformes y poco distintos entre sí.

El tímpano es realmente un resonador ó instrumento para facilitar el análisis de los sonidos compuestos, y forma con la cadena de huesecillos y los filetes terminales del nervio acústico que obran sobre el líquido del oído interno un aparato semejante al de la vista, que puede adaptarse de modo tan admirable á las diferencias de naturaleza é intensidad

de las vibraciones luminosas. El ojo, por la contracción de la pupila, se adapta casi instantáneamente á la luz más fuerte, y el sentido del oído, por medio de la tensión ó contracción del tímpano y por las modificaciones del líquido del oído interno, puede adaptarse á los sonidos, ya altos, ya bajos, agudos ó graves. Por medio, pues, de una serie de diapasones que están afinados con precisión absoluta y que

comprenden más de doscientas vibraciones diferentes, desde la más aguda á la más grave, se hace un examen acústico del paciente, y de su resultado se deduce un diagnóstico exacto del estado del oído. Como consecuencia del examen, se adquiere el conocimiento verdadero de qué es lo que el enfermo oye ó no. Se hace entonces un cuadro, con arreglo á un sistema científico, demostrativo de la capacidad auditiva del enfermo á quien se va á tratar. Es, naturalmente, cosa fácil averiguar si una persona oye ó no los sonidos, pero la dificultad consiste en apreciar con claridad cómo los oye, y para saberlo se recurre á dos experiencias. Una de ellas consiste en medir la distancia á que deja de oírse el sonido del diapason, y la otra en comparar el espacio de tiempo durante el cual lo oyó, con el que lo oye una persona de buen oído. El tiempo se cuenta por minutos y segundos; todo ello se anota para poder apreciar la mejoría que experimente el enfermo durante el tratamiento. En algunos casos se ve que los enfermos oyen mejor las notas altas, en otros las bajas. Para la educación del oído que hay entonces que emprender, se tienen en cuenta todos los detalles de esta naturaleza y se ordenan distintos ejercicios con arreglo á cada caso particular.

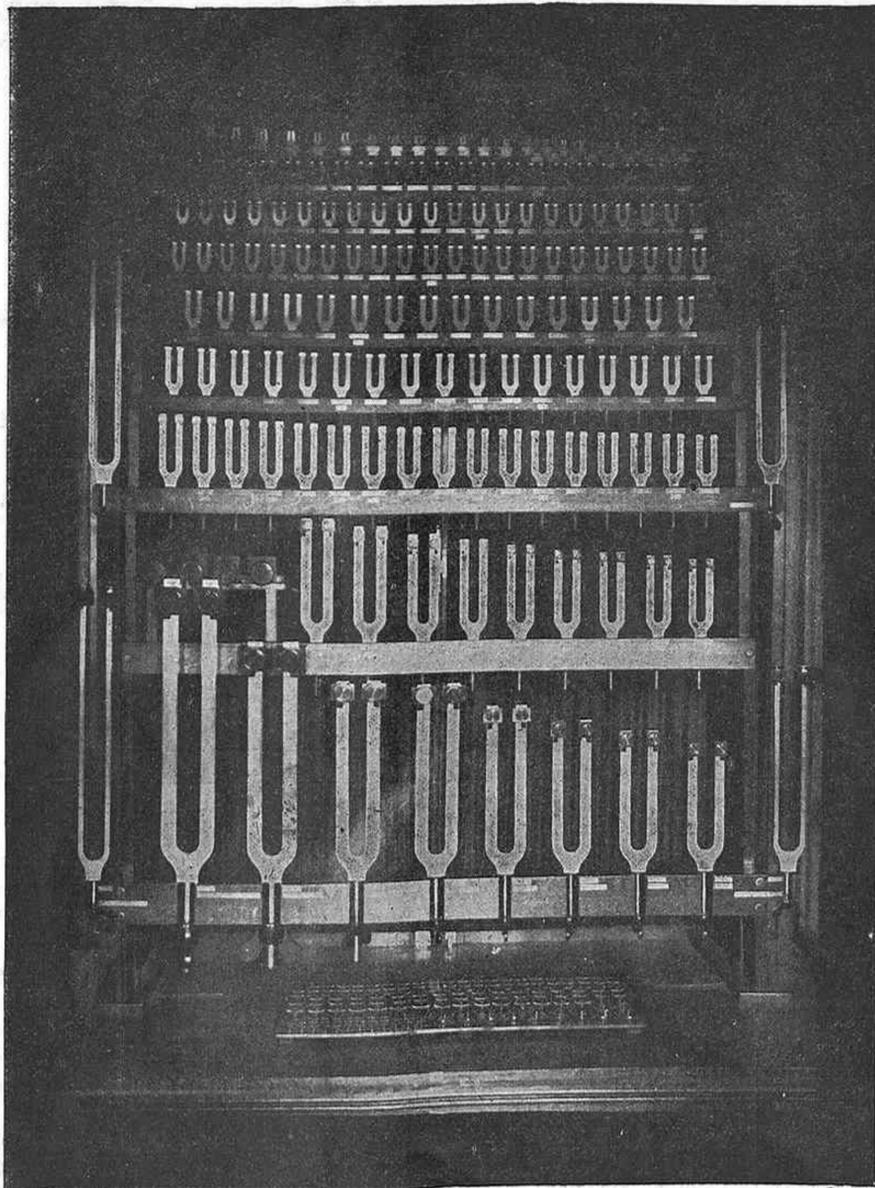
En folletos que se han escrito sobre esta materia, se explican las razones en que se fundan esas diferencias y se demuestra que el aparato receptor del oído es como un pincel formado de nervios, cada uno de cuyos filamentos está destinado á un sonido especial. Si esto es así, se comprenderá fácilmente lo inútil que resultará el limitarse á aspirar aire con fuerza por la nariz para que penetre en el oído interno, y que sería peor que inútil la extracción de los huesecillos. Si se quiere obtener de un tambor una resonancia mayor, de seguro no se comenzará por aflojar los parches que cubren sus



NUEVO TRATAMIENTO DE LA SORDERA. — El Dr. Natier (el que está á la izquierda) se halla sentado en la silla destinada á los enfermos

cavidad irregular llamada laberinto, llena de un líquido que transmite á los órganos sensorios de la audición las vibraciones que recibe.

Ese líquido nada tiene que ver con el cerumen amarillo contenido en el conducto auditivo del oído externo. Las células auditivas, sólo visibles con el microscopio, son en extremo numerosas. Se han contado más de 21.000, y todo parece indicar que co-



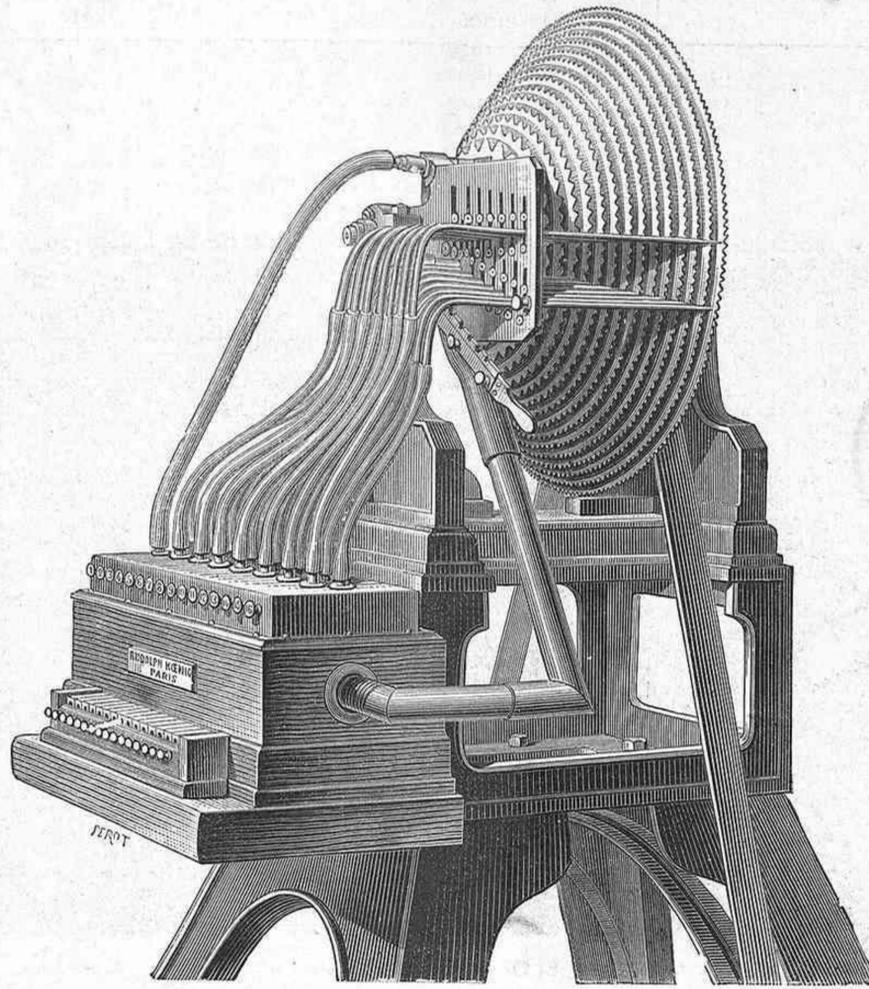
Tonómetro de Koenig

responden á las numerosas vibraciones que somos capaces de recibir y que ellas transmiten al cerebro. Ahora bien: en el nuevo tratamiento científico de la

extracción de los huesecillos. Si se quiere obtener de un tambor una resonancia mayor, de seguro no se comenzará por aflojar los parches que cubren sus

dos cabezas; para que haya una transmisión eficaz de vibraciones por medio de la cadena de huesecillos del oído, es necesario que ésta conserve cierta tensión. No hay necesidad de extraer ni de lubricar esa cadena, pero sus músculos y el tímpano sí podrán necesitar que se les someta á un tratamiento á fin de que desempeñen sus funciones de una manera satisfactoria, y éste consistirá en ejercicios gimnásticos regularizados que hagan recobrar á las células auditivas su potencia normal. Esos ejercicios producen el mismo resultado que el masaje: se someten los músculos á una serie de resonancias rápidas y seguidas que les devuelven la fuerza y elasticidad que habían perdido.

Cuando se ha averiguado que una nota determinada no se oye ó se oye mal, se elige el diapasón de esa misma nota y se procura estimular el músculo y avivar el nervio. Si no basta el diapasón se aumenta su sonido por medio de un resonador. Acaba de inventarse un aparato con ese objeto, y las vibraciones del diapasón se sostienen por medio de la electricidad y llegan al oído por un tubo de goma. Demuestran los enfermos gran placer al percibir las notas que han perdido la costumbre de oír. Se han hecho experiencias con pacientes que oían perfectamente la vocal *a*, pero que no podían distinguir las consonantes *p* y *b*. Por medio de un tratamiento gimnástico, que consistía en aplicar al oído las vibraciones que constituyen esas letras, llegaba éste á educarse, y después de un tiempo relativamente corto, podía el enfermo oír las sílabas *pa* y *ba*. Los órganos inmediatos á los que están sometidos á ese tratamiento también se benefi-



Sirena de ondas para averiguar cuáles son los sonidos que oye el enfermo

cian con él, de tal modo que á su vez se hacen más fuertes y sanos. Para este procedimiento especial ha sido naturalmente indispensable inventar determinados instrumentos científicos. El más importante de

ellos es el tonómetro, que ya hemos mencionado. Koenig, sabio de reputación universal, ha empleado la mayor parte de su existencia en la creación de esa maravillosa colección de diapasones de una precisión absoluta, unidos con una serie de resonadores cilíndricos.

Muchos de los enfermos, al principiar el tratamiento, oyen tan poco, que ha sido preciso intensificar el sonido de las vibraciones por medio de resonadores cilíndricos. Además tiene el Instituto grandes sirenas de onda, con discos. Sin entrar en una detallada descripción técnica de ellas, diremos que los sonidos como el de las vocales y sílabas y por consiguiente el de todas las palabras, pueden descomponerse en vibraciones que quedan determinadas con precisión por un aparato que las registra é inscribe. Conociendo, por lo tanto, qué vibraciones son las que constituyen un sonido, una vocal ó una sílaba, sólo se necesita producir esas vibraciones con la intensidad suficiente para que obtenga el sonido la vocal ó la sílaba que se quiera. Se utilizan, pues, esos aparatos para verificar con precisión absoluta cuáles son los sonidos que una persona sorda oye ó deja de oír.

Este nuevo tratamiento científico de la sordera está fundado en los principios más racionales. Se registran algunos resultados sorprendentes en los enfermos tratados con arreglo á él, y los sordo-mudos, desde todas las partes del mundo, se encaminan hacia ese Instituto. La ciudad de París y el consejo del Sena han concedido una subvención anual para atender á los gastos del Instituto de laringología y ortofonía.—ALYS HALLARD.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDESOL G^o B^o St-Denis, 18

INFLUENZA ★ **RACHITIS**
ANEMIA ★ **CLOROSIS**
VINO
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

HIGIENE de las SEÑORAS
DILUIDO EN AGUA EL
CRYSTOL
Es el remedio soberano de las afecciones uterinas de todo género. Cura en breve las *flores blancas*, las *metritis* y en general todas las *dolencias de las vías uterinas*. Su uso diario no ofrece peligro para los tejidos á los que asegura frescura, tonicidad y firmeza incomparables. Su delicado perfume lo hace agradable para el tocador íntimo de las damas.
PARIS, 8, Rue Vivienne, y en todas las Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), si ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

FOR AUTORES Ó EDITORES

BARCELONA Á LA VISTA. - Se ha publicado el cuaderno 10 y último de la segunda serie, que contiene 16 fotografías de Barcelona y de sus alrededores. Editado en esta ciudad por Antonio López. Precio, 30 céntimos en Barcelona y 35 en provincias.

CUENTOS, por *Hegesippe Moreau.* Versión española de *Jose M.ª Baster.* - Un tomo de 92 páginas, editado en Barcelona por Olegario Salvatella. Precio, 60 céntimos.

ALTERNANDO, por *Delfín Fernández y González.* - Colección de ocho novelas cortas y cuentos con un prólogo de José Betancort (Angel Guerra). Un tomo impreso en Valladolid en la imprenta Castellana. Precio, dos pesetas.

BANCO DE BOGOTÁ. Informe de la Junta Directiva referente al primer semestre de 1905. Un folleto de seis páginas.

SEÑOR Y DON, nueva fruslería gramatical, por *R. Monner Sans.* - Un folleto de 14 páginas, impreso en Buenos Aires en la imprenta «Didot» de Félix Lajouane y C.ª

ALMANAQUE BASTINOS. 1906. - Un tomo de 82 páginas con varios grabados, editado por la casa Bastinos, de Barcelona.

PARA SER ELEGANTE. LA ETERNA SEDUCCIÓN. SECRETOS FEMENILES, por la *Duquesa Lauzana,* traducción de *Eugenio de Ochoa.* - Un tomo de 322 páginas, impreso en Madrid en la imprenta de Fortanet. Precio, 3'50 pesetas.

REBELIÓN, novela por *Joyzeille.* - Un tomo de más de 200 páginas, editado en Madrid por F. Beltrán (librería de Fernando Fe), impreso en la imprenta artística de José Blass y C.ª Precio, 3 pesetas.



EL PATÍN AUTOMÓVIL DE M. CONSTANTINE. (De fotografía de M. Branger.)

Este patín, que llamó extraordinariamente la atención en la última Exposición del Automóvil celebrada en París, funciona por medio de un motor de 1 y 1/2 caballos de fuerza y puede correr con una velocidad de 50 kilómetros por hora. La carga de combustible que contiene el patín permite recorrer una distancia de 75 kilómetros á la velocidad indicada.

EL AZAFRÁN. SU CULTIVO, PRODUCCIÓN Y COMERCIO, por el *doctor M. Rodríguez Navas.* - Un tomo de 168 páginas con grabados, que forma parte de la Biblioteca Industrial y Agrícola que con tanto éxito publica en Madrid la casa Bailly-Bailliere é hijos. Precio, dos pesetas en rústica y 2'50 encuadernado.

LA HULLA BLANCA Y EL ARTE DE LAS MINAS. Utilización práctica y completa de un salto de agua para todos los servicios de una explotación minera, por *Mauricio Leconte-Denis.* Traducido de la primera edición francesa por *Adolfo Aragonés.* - Un tomo de 96 páginas con 46 grabados, editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é hijos. Precio, tres pesetas.

LA CALATRAVA, novela de costumbres madrileñas, por *Francisco de Arce,* con ilustraciones de *A. Durá.* - Un tomo de 170 páginas, editado en Madrid por A. de San Martín, impreso en la tipografía de A. Marzo. Precio, 3 pesetas.

DINAMISMO ESPIRITUALISTA. Cuestiones previas. La vida en sus tres dimensiones. Proceso histórico de ética española, por *Ricardo Burguete.* Un tomo de 206 páginas, editado en Madrid por F. Beltrán (librería de Fernando Fe). Precio, 3'50 pesetas.

EMPORIUM, drama lírico en tres actos de *Eduardo Marquina.* - Libreto en verso catalán de la ópera, música del maestro Morera, recientemente estrenada con gran éxito en el Liceo de Barcelona. Impreso en la imprenta de Fidel Giró. Precio, una peseta.

AMARGURAS DEL JOVEN WERTHER, por *Goethe,* traducción de *F. del Río Urruti.* - Un tomo de 240 páginas, de la Colección Diamante que publica el editor barcelonés D. Antonio López. Impreso en la imprenta de La Campana y La Esquella. Precio, dos reales.

AL ARTE, por *Angel Menchaca.* - Canto en verso, con una carta prólogo de D. Jorge Selva. Un folleto de 19 páginas, impreso en Buenos Aires en la imprenta de El Comercio.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho* y de los *intestinos, los Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD CURADAS POR EL VERDADERO HIERRO QUEVENNE

Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

ROB

BOYVEAU-LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal

EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

Vendese en casa de **J. FERRÉ,** farmacéutico, Sucesor de **BOYVEAU-LAFFECTEUR.**

Calle Richelieu, 102, Paris y todas farmacias.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, Dolores, Lumbagos, etc.,* 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma **WLINSI.**

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa por **NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA**

Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

PILULES de BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito. **BLANCARD & C^{ia}**, 40, R. Bonaparte, Paris.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.